

LA CULTURA FILOSOFICA DE PABLO GROUSSAC

por DIEGO F. PRÓ

La figura de Pablo Groussac ha sido tema de numerosos estudios, algunos de interés permanente y otros circunstanciales y de desigual calidad intelectual. Sin duda, las páginas que con el modesto nombre de "Noticia preliminar" antepuso en 1928 Alfonso Laferrère a la edición de la obra *Páginas de Groussac* son las más valiosas y conservan su verdor original. Son abarcadoras de la personalidad del crítico, historiador y creador literario. A ellas se suman otras que aparecen como prólogo del libro *Santiago Liniers* en la editorial Estrada. Estas páginas tienen parecido quilate a las ya aludidas.

Hay que mencionar, por cierto, entre los estudios importantes dedicados a Groussac el número especial de la revista "Nosotros" (242), que aún conserva en buena parte su interés y del cual no se puede prescindir. Corresponde al mes de julio de 1929, un mes después de la muerte del escritor. La misma revista, en 1919, a través de Roberto Giusti le ofreció una demostración que exaltaba en la personalidad de Groussac sus trabajos, algunos verdaderamente ejemplares; la enseñanza que ellos dispensan y la austeridad e indepen-

* Estudio realizado con el auspicio de la Comisión de Ayuda para la Investigación de la Universidad Nacional de Cuyo.

dencia intelectuales de su autor. En el número especial de 1929 las colaboraciones se distribuyen siguiendo la siguiente partición de temas: El hombre: su vida y su carácter; el pensamiento, su obra e influencia; el historiador y el escritor; el novelista, el dramaturgo, el crítico musical, el erudito; y por fin los discursos y homenajes en la muerte de Groussac. En la primera parte, Alfonso Laferrère se ocupa de la vida del escritor. Estos tres capítulos, que formaban parte de su "Noticia preliminar" al libro *Páginas de Groussac*, son lo más completo y abarcador que sobre el tema se ha publicado sobre el maestro. Colaboran también en esta parte de la revista, con recuerdos e impresiones, Ramón J. Cárcano, Luis Berisso, Jorge Lavalle Cobo, Ernesto Mario Barreda y Juan Carlos Rébora.

Del pensamiento de Groussac, se ocupa Alejandro Korn, con un buen trabajo, conciso, rico, trabajado. Es el único que aparece en su sección. Sitúa al crítico y pensador dentro de la generación del 80, cuyos rasgos filosóficos y valoraciones en el campo político, social, económico y educacional presenta como marco de su personaje. Caracteriza sucintamente el positivismo filosófico de Groussac, su sentido afirmativo a pesar de sus sesgos de escepticismo y por momentos de amargo nihilismo, su concepción de la historia, su actitud frente a las generaciones de su época, el sentido humanista de su teoría educativa. Estas páginas vuelven a encontrarse en el libro *Las influencias filosóficas en la evolución nacional* del mismo Korn.

Más nutridas son las colaboraciones que estudian las obras de Groussac y su influencia en la cultura del país. Realizan esta tarea Enrique Ruíz Guiñazú, Alberto Gerchunoff, Carlos Correa Luna, Emilio Zuccarini, José María Monner Sanz, Jorge Luis Borges. No todas estas páginas tienen el mismo valor. Las más personales acaso sean las de Gerchunoff. Del historiador se ocupan con variada fortuna José Manuel Elizaguirre, Luis Roque Gondra, Ricardo Levene, Rómulo Carbia, Juan Rómulo Fernández, José Luis Romero. La más importante, sin duda circunstancial es la de este último, que versa sobre "Los hombres y la historia en Groussac".

Del escritor se ocupan Carlos Vega Belgrano, que sobrevuela el tema en tres páginas, y Arturo Costa Alvarez con un buen estudio acerca de "Groussac y la lengua". El novelista, el dramaturgo y el crítico musical son estudiados, respectivamente, por Juan B. González, D. A. Ariaga y José Piñero. En las páginas finales de la revista se destacan las páginas de Roberto Giusti sobre "Groussac, hispanista".

En esta revisión de la bibliografía sobre Groussac importa a nuestro interés el pensamiento filosófico, su espíritu y cultura filosófica. El mismo año de la muerte del escritor, la Revista "Síntesis" dedicaba el número del mes de agosto al estudio de algunos aspectos de su personalidad. Juan Canter escribía una cincuentena de páginas con el nombre de "Elogio de Paul Groussac"; Narciso Binayán se ocupaba del primer estudio que Groussac editó en Tucumán. Aludimos a *Los jesuitas en Tucumán* (1873). Y Amado Alonso estudiaba con seguridad de filólogo y estilista la prosa del escritor, tan ajustada al pensamiento y construida en sus pasos sintácticos.

Juan Canter daba a conocer en 1930 su *Contribución a la bibliografía de Paul Groussac*, en el "Boletín de investigaciones históricas" de la Facultad de Filosofía y Letras. Este estudio, tan importante de suyo, continúa siendo el más completo en su género, aunque como bien dice Sisto Terán no haya podido recoger todos los trabajos producidos por Groussac. El mismo Canter ha publicado algunos artículos en el diario "La Nación". Recordamos aquí "Las primeras colaboraciones de Groussac" (13 de enero de 1952) y "La llegada de Groussac a Buenos Aires" (5 de julio de 1953). Como se advierte ninguno de ellos roza el tema de pensamiento filosófico del personaje.

Hay que mencionar en la bibliografía de Groussac los discursos conmemorativos al cumplirse en 1948 los cien años del nacimiento del ilustre escritor. Ellos tienen un valor circunstancial y pertenecen a Lavalle Cobo, Sáenz Hayes, Acuña Noé, Ravnigani y otros. En todo caso no pasan por estas páginas las ideas filosóficas de Groussac.

Roberto Giusti en su libro *Crítica y polémica* (3ª serie) ha estudiado la tarea cumplida por Groussac en la crítica argentina en el paso del siglo XIX al XX y durante los primeros decenios de este último. Con el saber y la autoridad que le da el haber continuado la labor del maestro en el terreno de la crítica literaria, trata Giusti la obra de Groussac. En la *Historia de la literatura argentina* vuelve a estudiarla a propósito de la prosa del escritor franco-argentino.

En la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas aparecen citados los estudios de Groussac. Sin embargo, no ofrece ningún estudio especial de nuestro autor. Algunas semblanzas pueden mencionarse aquí: las publicadas por los diarios "La Nación" y "La Prensa" en sus ediciones del día 28 de junio de 1929. Y sobre todo un ceñido artículo de Sisto Terán, "Groussac en el Plata", en el diario "La Prensa" del 27 de febrero de 1966. Pasemos.

Coriolano Alberini se ocupaba en su enseñanza oral de las ideas filosóficas de Groussac. Algún boceto de lección así lo documenta. En los trabajos en que estudia el desarrollo histórico del pensamiento filosófico argentino asoma la figura del estudioso de Diego Alcorta, Echeverría, Alberdi, Estrada, Goyenas y tantos otros hombres históricos de la Argentina.

Del examen de los antecedentes bibliográficos acerca del pensamiento filosófico de Groussac, se desprende la escasez de los estudios de este aspecto. Aunque no haya sido un filósofo en el estricto sentido del vocablo, no es menos cierto que en sus escritos subyace, a veces de una manera tácita, otra de un modo expreso, el positivismo filosófico de su época, ablandado por su formación literaria e histórica, que le da un lugar propio dentro de la pléyade de los hombres de la generación del 80. Sus ideas filosóficas sostienen todos sus escritos de una manera consciente, sea en sus estudios literarios, en los históricos, en los de crítica, en los de creación, y hasta en sus libros de viajes, en los que las gentes, las cuestiones políticas y sociales y la misma naturaleza las ve desde su peculiar manera de entender la vida y el mundo. Y hasta ha tenido el cuidado de dejar una especie de testamento filosófico en su libro *Los que pasaban*.

No era Groussac un escritor que escribiera ingenuamente. Era un hombre de ideas y a través de ellas veía la realidad. Es un espíritu crítico y filosófico. Para advertirlo basta comparar los viajes de Groussac con los de Paul Morand o con las páginas de la hermosa novela *Jamaica* de Güiraldes. A veces recorren los mismos países, el mismo trayecto, las mismas realidades o muy semejantes, pero qué distinta es la visión, poética en uno, estética en otro, crítica en Groussac.

Parece aconsejable volver a estudiar el espíritu y la cultura filosófica de nuestro autor, entrelazada con los elementos de su formación literaria, histórica y crítica. Es lo que intentamos en las páginas que siguen.

II. DATOS BIOBIBLIOGRÁFICOS

Paul Groussac nació en Toulouse el 15 de febrero de 1848 y falleció en Buenos Aires el 27 de junio de 1929. Es meridional, a pesar de lo cual sus escritos no tienen ese carácter. Estudió en la Escuela Naval de Brest y luego se embarcó para Buenos Aires, posiblemente

disgustado con sus padres, en febrero de 1866. En esa época no era nada más que bachiller, lo cual significaba mucho y no era nada a la vez. Claro que hablamos aquí del bachillerato francés, que no es el nuestro. Bachillerato que no era gran cosa en el ambiente cultural de su país, pero que representaba una cultura superior en calidad a la que tenían las gentes porteñas, que representaban la inteligencia del país. Pero que no significaba nada porque su preparación no le abría ninguna perspectiva.

A su llegada a Buenos Aires, caminando por sus calles, un buen día lo toma preso un vigilante en la creencia de que se trataba de algún fugitivo del ejército que combatía contra el Paraguay. Groussac, que no conocía el castellano, le responde en francés al vigilante. Este piensa que el interrogado le está haciendo una chuscada. Tuvo que intervenir el cónsul francés para que recobrará su libertad y lo encaminase en el nuevo ambiente en que le tocaba vivir.

Groussac lee el diario *La Nación*, que era mitrista, y *La tribuna*, portavoz de la oposición. A fuerza de diccionario se pone al tanto del movimiento y las corrientes políticas que agitaban el país. Lee, además, *Crónica*, editada en francés por un connacional.

Más tarde, en 1867, viendo la imposibilidad de abrirse camino se va a San Antonio de Areco a cuidar ovejas, entre vascos y paisanos. En 1870 consigue que lo hagan profesor de matemáticas, como pudo haberlo sido en cualquier otra materia, pues su preparación era general.

Los pasos iniciales en la Argentina, así como el proceso de su vinculación con los prohombres del ambiente, pueden seguirse en su obra *Los que pasaban*, libro de biografías y evocaciones de la época. Conoce así a Estrada, Goyena, Avellaneda, Pellegrini, Sáenz Peña, todas gentes de la generación del 80. Los primeros son fervientes católicos y aguerridos defensores de la educación religiosa, mientras que Groussac tiene una mentalidad positivista, ablandada por su índole artística y literaria. No cree ya que la ciencia sea la panacea y la solución de todos los problemas que se le plantean al hombre.

En el año 1870 escribe su primer ensayo en la "Revista Literaria" que dirigían Pedro Goyena y José Manuel Estrada. El trabajo de unas 45 páginas versaba sobre *José Espronceda*, interpretado a la luz de las ideas de Byron. En él confluyen el momento francés de esa época. Al año siguiente va a Tucumán como profesor del Colegio Nacional, nombrado por Avellaneda, ministro de Instrucción Pública

de Sarmiento durante la presidencia de Sarmiento, y reside en aquella ciudad durante más de diez años. Allí comienza la vida argentina de Groussac al incorporarse a la acción política y a los estudios históricos y literarios del país. Para la renovación presidencial de 1874 se habían presentado las candidaturas de Avellaneda, Mitre y Alsina. Groussac toma partido en favor del primero de los nombrados. Su actividad política le trae un sumario en el Colegio Nacional, que orientaba el doctor José Posse, y lo dejan cesante, lo cual le vale algunas palabras de aliento de Avellaneda.

Publica Groussac en 1873 un estudio sobre *Los jesuitas en Tucumán*, que le suscita una polémica con Angel M. Gordillo. La réplica de éste se publicó en *La Razón* de Tucumán y los artículos de la misma fueron recogidos por Gordillo en un pequeño libro: *Los jesuitas según las fuentes más puras de la historia* (Tucumán, 1873). El estudio de Groussac es de carácter histórico, está orientado por el pensamiento que agitaba a Europa en contra de los jesuitas, con desconocimiento por parte del autor de la obra realizada por éstos desde su entrada en Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba a comienzos del siglo XVII. El mismo Groussac más tarde reconoce su error y se retracta de sus afirmaciones, hechas en base a la actuación de los jesuitas en Europa.

En ese mismo año de 1873 publica Groussac su libro *Nicolás Avellaneda*, hecho con los artículos y discursos pronunciados en la campaña política ya aludida. Cuando Avellaneda se hace cargo del gobierno de la Nación, Groussac es su protegido. En Tucumán funda y dirige el diario *La Razón*, en 1871.

Asistió en 1882 al famoso Congreso Pedagógico cuyas directivas han influido en la educación secundaria hasta, para fijar una fecha, 1920, a pesar de que había cambiado completamente el clima cultural de la época, con el advenimiento de las corrientes idealistas en la filosofía y la educación argentinas. Con motivo de ese Congreso, Groussac da a conocer un trabajo sobre *El estado actual de la educación primaria en la República Argentina, sus causas, sus remedios* (1882). Publica asimismo en 1882 su *Ensayo histórico sobre el Tucumán*.

Al año siguiente va a Francia (1883), asiste a cursos, ve, observa, aprende. Concorre a la Sorbona. No hay que olvidar que Groussac no había pasado por ella y se cultivaba como autodidacto. A su regreso, en 1884, es nombrado inspector de enseñanza secundaria y funda el diario *Sud-América*, junto con Lucio V. López, Delfín Gallo,

Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña. En ese mismo año publica su novela *Fruto vedado*.

Nombran a Groussac en 1885 director de la Biblioteca Nacional, a la que ilustra desde su cargo y la pone al día. Edita la revista *La Biblioteca* y da a conocer una colección de estudios y de obras. Hasta la llegada de Jorge Luis Borges ha sido la figura más grande y más laboriosa que ha ocupado aquel cargo importante.

Otra faz de la actividad de Groussac está representada por su *Manual de crítica literaria*. Su preocupación literaria alcanza su esplendor en aquellas obras que se refieren a cosas vivas. Es interesante leer *Del Plata al Niágara* (1897) y *El viaje intelectual, impresiones de naturaleza y arte* (1904) y su segunda serie, con el mismo nombre (1920).

En 1886 es cronista teatral del diario *La Nación*. Al año siguiente publica el drama *La monja*. En 1892, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, escribió su *Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón, historia y leyenda*, irritado por la hinchazón y floripondio a que dio lugar en la Argentina y en España la conmemoración de aquel acontecimiento.

Funda en 1894 "Le Courrier Français", un periódico dirigido a la colectividad francesa. En 1897 publica, según queda señalado, *Del Plata al Niágara*, un libro de viajes, recolección de una serie de artículos que aparecieron en el diario "La Prensa". En 1903 escribió *Un enigma littéraire*, libro donde pretende descubrir quién fue el autor del falso *Quijote*, intento frustrado que le valió un palmetazo de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que le dolió toda su vida. En 1904 recoge algunos de sus artículos con el nombre de *Viaje intelectual*. En el mismo año da a conocer, en el terreno de la historiografía, una de sus obras capitales: *Santiago Liniers*. La obra, considerada la más importante, la publica en 1917: *Mendoza y Garay*. En 1918 publica *Estudios de historia argentina*. Un año después da a conocer *Los que pasaban*. En 1920, aparece *El viaje intelectual*; en 1923 *La divisa punzó*, drama histórico que fue estrenado en el teatro Odeón ese mismo año; en 1924 da a conocer *Crítica literaria*. Y en 1929 muere.

Como se advierte, la obra de Groussac es vastísima y se vuelve más extensa si se la enumera por artículos, como lo ha hecho Juan Canter en su *Contribución a la bibliografía de Paul Groussac* (1930). Hay en ella 1062 títulos donde figuran hasta notas de filología y un trabajo de refranes españoles.

III. GROUSSAC Y LA CULTURA ARGENTINA

Interesa averiguar qué es lo que representa Groussac en la historia de la cultura argentina. Algo queda dicho cuando asentamos la influencia de Taine y Renán en algunos pensadores argentinos. Cuando Groussac llega al país (1866) estaba en formación la generación del 80. Esta promoción tiene una cultura de agua dulce, de escasa densidad. Así se comprende que Groussac, con una formación inicial de bachillerato francés, se haya convertido en una figura importante dentro de ella y en el mentor literario, histórico y crítico de la misma.

Durante su vida Groussac se sintió desterrado en la Argentina. Tan así es que le escribe en 1904 a su hijo, que está en Francia, hablándole de su destierro. Vivió siempre con nostalgia, des-paisado si se permite este galicismo, intelectual y sentimentalmente. Su atención puesta en el viejo mundo, hizo que mirara a los argentinos de reojo, más o menos oblicuamente, oblicuidad que no desaparecía aun cuando se sintiera inundado de cierta dosis de bondad. Buena prueba de ello lo constituye su libro *Los que pasaban*, donde se respira alguna simpatía hacia Estrada, Goyena, Avellaneda, Pellegrini, lo cual no impide a veces sus juicios injustos. En sus *Escritos históricos* y en su *Crítica literaria* la incomprensión sube de punto tratándose de Alberdi o de Echeverría. No es ya ingratitud, sino desprecio desleal e inmotivado. Por muy superior que se considerase Groussac, no lo era tanto como para querer salvar sus nombres con las biografías y estudios que escribió sobre ellos. ¿Qué pensar, entonces, de otros hombres que no tuvieron contacto con él?

Muy a pesar suyo nuestro autor no forma parte del movimiento intelectual europeo de su época. Sus esfuerzos en tal sentido resultaron fallidos, a pesar de que las raíces principales de su personalidad las sentía en tierra francesa y las adventicias en tierra argentina. Las primeras terminaron, según dice el propio Groussac, secándose. La tierra en que vivió rezongando se le adhirió tanto que lo hizo suyo. Con él ocurría un poco como con esos matrimonios que son felices cuando disputan...

¿Qué pensaba Groussac de la cultura argentina? La respuesta se encuentra en las páginas finales de su estudio sobre *Las Bases de Alberdi*, a la vez que de su libro *Estudios históricos* en que aquel trabajo se haya incorporado. Los achaques y males que le encuentra a la cultura del país son varios y de diverso carácter. En primer

lugar, carece de independencia cultural, aunque la haya conseguido en el terreno político. Cortar el cordón umbilical con España en ese aspecto era fácilmente realizable, pues el horizonte histórico de Europa y de América hacía posible esa ruptura. Pero en cambio ha continuado la dependencia del intelecto, que hace a los pueblos sudamericanos consumidores de civilización. “¿Hasta cuándo seremos los ciudadanos de Mimópolis y los parásitos de la labor europea?”¹. No se sospecha el abismo que existe entre países remolcadores y remolcados culturalmente, entre pueblos inventores y creadores y pueblos consumidores. Lo que importa en la vida de los pueblos “es vivir, en parte al menos, la propia sustancia e irradiar luz original, siquiera sea débil y trémula”. En su época sólo dos pueblos sudamericanos le parecen a Groussac que están en condiciones de salir de esta situación de dependencia: Argentina y Chile. Sólo ellos parecen escapar a la ley fatal de la raza y el clima, a que se encuentran sometidos los demás².

La poca densidad cultural de la Argentina se advierte en los pilotos o conductores de su pueblo. Ello es grave para Groussac porque el curso histórico es movido por las minorías ilustradas, como lo entendían por otra parte los hombres de su generación, que en materia de filosofía política eran liberales. Adhiere así, si no a las ideas de Renán, que considera excesivas porque terminan negando la libertad, sí a las de Taine. No veía Groussac con buenos ojos el movimiento democrático de las masas, según lo afirma reiteradamente en su libro *Del Plata al Niágara* cuando estudia la sociedad norteamericana. Entiende la noción de pueblo en sentido liberal, como el conjunto de hombres que poseen idoneidad política, que “vierte las sugerencias del bien o del mal en la muchedumbre pasiva”³. Pues bien: son estos guías los que, según Groussac, abdican más y más en sus años a las responsabilidades intelectuales, hasta convertirse en conductores ciegos. Considera que estas minorías ilustradas se dedican casi exclusivamente a las actividades económicas, con olvido y mengua de las actividades científicas, técnicas y morales. Las naciones se vienen a menos no tanto por sus crisis eco-

1. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Prefacio. Edic. Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1925, Pág. XXII-XXIII.

2. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Prefacio. Edic. citada. Páginas XXIII-IV.

3. PAUL GROUSSAC: *Estudios de historia*. Las bases de Alberdi y el desarrollo constitucional. Edic. Pág. 364.

nómicas cuanto por la laxitud ética y social que las precede y de que aquéllas son consecuencias. Destaca la importancia de la suma de la vida científica y las energías acumuladas, que son el sostén y la característica de la civilización.

Para Groussac el origen del marasmo argentino proviene del grupo social dirigente, que no desempeña eficientemente sus funciones. "El mal está en la cabeza, no en los miembros donde lo observan los Tangredos". Es el conjunto de dirigentes el que está amenazado de atrofia mental. El achaque indica su índole psíquica y consiste en que el enfermo no reflexiona en que no reflexiona. Le pasa inadvertida su pasividad. En esta situación mal se puede esperar el desarrollo de la capacidad inventiva, de investigación y creación. Todo se resuelve en una actitud epigonal, que asimila sin crítica los esfuerzos y realizaciones del pensamiento europeo, particularmente francés, donde esas minorías encuentran las ideas elaboradas y los resultados hechos. Se fomenta así la actitud imitativa, el reino de Mimópolis, donde se suceden las oleadas culturales, superponiéndose unas a otras extrínsecamente, sin conciencia crítica ni continuidad interna.

Esta cultura de agua dulce, de escasa densidad, donde es fácil sacar cabeza, pero donde nada sostiene y exige, se refleja según Groussac en las lecturas de las minorías y las mayorías. Unas leen libros de actualidad, de origen europeo, para extraer la información aprovechable y "estar al día", en particular los de interés literario y artístico, que toca más a la sensibilidad. Pocos conocen los problemas de la ciencia, la técnica y la filosofía. Absorben el dogma impreso, hasta el próximo cambio de rumbo cultural. Las otras solo leen el periodismo del día, con informaciones de décima mano.

Consecuencia de estos achaques es el culto del "efemerismo", el afán desmedido de las conmemoraciones, que se celebran de un modo más o menos verboso. Si se leen los artículos y discursos a que dan lugar estas celebraciones mostrencas, y se deja de lado lo que en ellos provienen de fuentes lejanas, lo que resta es el *caput mortuum*. Se evita siempre lo que vale más en el pensamiento, esto es, el acto mismo de pensar.

Otra consecuencia de la situación apuntada es el pupilaje intelectual. Se acude por ideas a las librerías y a la fábrica de armamentos extranjeras por armas y barcos, sin tener idea de las condiciones en que se realiza la producción intelectual o se consiguen los resultados de la ciencia y la técnica. No obstante ello, los argen-

tinios viven muy pagados de sí mismos.

Son defectos del intelecto argentino por los años en que escribía Groussac la superficialidad, la improvisación, la inflación verbal, el repentinismo, la mentira, la inseguridad.

El remedio de todos estos defectos, lo encuentra Groussac en "el estudio sincero, en el estudio de la historia que enseña, no de la mitología que infatúa; en el trabajo útil, en la disciplina moral, en la economía y buena aplicación de las fuerzas fecundas, en la orientación del alma colectiva hacia un ideal de nobleza y probidad"⁴.

Por cierto, el autor encuentra excepciones visibles a esta caracterización. No hay que olvidar que de la generación del 37 sobrevivían en su época algunos patriarcas: Sarmiento, Gutiérrez, Mitre, Vélez Sársfield. Y entre los de su promoción estaban Ameghino, José Ramos Mejía, Horacio Piñero, Wilde. Pero como decía él sus vistas no iban dirigidas a las excepciones sino al curso común de su época y sus hombres.

IV. ESPÍRITU Y CULTURA FILOSÓFICA

Hay autores en cuya obra intelectual se puede reconocer cierto espíritu y cultura filosóficos, sin que quepan propiamente en una historia de la filosofía argentina. Éste es el caso de Paul Groussac. No se puede decir que haya sido un filósofo en el sentido profesional, ni él se tuvo por tal. Lo más sólido de su obra entra en el campo de la historiografía, las letras y la crítica literaria. Pero ello no quita que, como todo hombre culto, haya reflexionado en los problemas de la filosofía primera, esto es en la metafísica. En su formación intelectual conoció, por cierto, algunas disciplinas filosóficas (psicología, lógica, moral).

Acerca de las aludidas cuestiones últimas, ha dejado una especie de testamento filosófico, escrito en el año 1919, en los extremos de su vida. Esas páginas aparecen en el prólogo de *Los que pasaban*, libro con biografías y estudios de algunos de sus contemporáneos. Condensan el escepticismo metafísico que atraviesa toda su obra

4. PAUL GROUSSAC: *Estudios de historia*. Las bases de Alberdi y el desarrollo constitucional. Edic. citada. Pág. 365 y ss.

intelectual. Groussac fue un intelectual que pasó por la dolorosa experiencia de un pensar personal acerca de cuestiones tales como la del alma y Dios, sin poder arribar a conclusiones positivas. Su escepticismo no es una actitud superficial y cómoda, sino el resultado de un profundo esfuerzo de búsqueda intelectual.

El amargo escepticismo groussaciano tiene muchas manifestaciones en sus escritos. Solo una muestra de las líneas finales de su estudio sobre Pedro Goyena en su libro *Estudios históricos*: "...Pensar, luchar, trabajar cincuenta años el pobre insecto humano para dejar su nombre grabado en una obra de espíritu o de materia, ¿acaso todo ello será más que el impotente esfuerzo del ser efímero por escapar al infalible olvido, su inútil protesta ante el abismo de la nada en que fatalmente tiene que sumergirse? En su breve travesía de la vida, la nave de cada generación moderna, apresurada por dejar espacio libre a la que sigue, cumple su viaje sin retorno entre dos infinitos, dejando, como señales de su paso, un penacho de humo en el cielo y una estela de espuma en el mar: el uno, que dura un segundo, es la palabra de "los que pasan"; la otra, que dura un minuto, es su acción". El fundamento de ese escepticismo o tabla rasa por donde han pasado diversas y numerosas doctrinas filosóficas, sin dejar ningún trazo definitivo o estable, es la inestabilidad de los sistemas filosóficos. Groussac recuerda la sucesión de sistemas filosóficos, desde Descartes hasta Comte. El argumento ha sido sostenido en repetidas ocasiones, sin advertir que por debajo de la variedad doctrinaria corre la continuidad del curso de la historia de la filosofía, con sus problemas y respuestas, que responden siempre a las exigencias históricas de los tiempos. En este pensador el aspecto de discontinuidad de los sistemas filosóficos, le lleva a razonar su escepticismo. A su juicio "los sistemas son falsos en cuanto afirman y ciertos en cuanto niegan". Todas las consideraciones sobre el conocimiento, el alma, Dios, el absoluto, etc. son divagaciones metafísicas, de imposible verificación científica. "Son poemas sin poesía", "malabarismos dialécticos" como llama a las pruebas de la existencia de Dios. Son las mismas ideas que sostendrá después Alejandro Korn, aunque desde el horizonte de la filosofía kantiana.

En esta situación se encuentran las respuestas a los dos temas fundamentales de la filosofía pura o metafísica: el del alma y el de Dios. La supervivencia del alma es una hipótesis de origen religioso, que se ha trasladado al terreno filosófico. Llama "tramoya supersticiosa" a las creencias de las religiones primitivas. Dios no es sus-

ceptible de demostración racional. Es una creencia o convicción que emerge del sentimiento. No hay justificación racional para ambas convicciones.

Al cristianismo le encuentra nuestro autor justificación histórica, pues se trata del hecho más importante y grandioso en los anales humanos. Si bien considera inadmisibles las afirmaciones teológicas y las prácticas “culturales” de la religión cristiana, no es menos cierto la obra beneficosa que ella ha realizado en su historia milenaria. Groussac adopta un criterio semejante al de Renán, quien si bien consideraba débil la historia primitiva del cristianismo, lo respetaba por la labor positiva que había realizado en la civilización europea. Claro que en Renán se prolonga hasta cierto punto una metafísica y filosofía de la historia espiritualistas, de origen hegeliano, pues su ponderación de las ciencias no hay que confundirla, como hemos señalado ya, según se hizo en el siglo XIX, con las ciencias positivas, sino con las ciencias del hombre. En Groussac, en cambio, su escepticismo metafísico, aun para los contenidos de la filosofía de Comte, no le impide adherir, con espíritu crítico, al positivismo filosófico de su época.

Además de su escepticismo metafísico, si bien en medida más atenuada, es también Groussac un escéptico en el campo de las ciencias positivas y en las histórico-sociales. Muestras de esta situación mental las encontramos en su obra *Del Plata al Niágara*. En el prefacio leemos este pasaje esclarecedor: “El movimiento enorme de la ciencia se viene edificando sobre un tremedal: no solo en razón de su frágil estructura, sino porque al peso de cada hilada nueva se hunde otra a flor de tierra hasta desaparecer. El aspecto de la ciencia cambia cada quince años; antes de concluida, cualquier publicación extensa tiene ya partes caducas. Consiste el progreso científico en sustituir la semiverdad de ayer por la cuasi verdad de hoy, que durará hasta mañana”. Por lo que hace a la ciencia histórica hay parejas muestras de lo mismo en el mencionado prefacio: “La ciencia histórica es una tela de Penélope: todo es sustentable porque todo es incierto”. En otro lugar las trazas de su escepticismo son claras. Transcribimos: “El criterio de las ciencias históricas y aun naturales no debe ser, por ahora al menos, el de la necesidad y la certidumbre, sino el de la contingencia y verosimilitud. Todo concepto práctico es una transacción. Las pretendidas leyes sociológicas son exactamente como las líneas de las altas cumbres y del *divortium aquarum* de las cordilleras fronterizas: todo el mundo las menciona y las traza en el papel, si bien nadie debe determinarlas en la prác-

tica, porque en su forma geométrica no existen, son una mera abstracción”⁵.

Otro tanto dice Groussac de las ciencias médicas y del “prudente escepticismo de Claudio Bernard, a diferencia de los jóvenes estudiantes que conocen de antemano y minuciosamente el itinerario de esas ciencias”⁶.

Late, por lo demás, cierto escepticismo moral en Groussac, que se manifiesta de un modo constante en sus obras y que dan a éstas acidez y sabor amargo. Del mismo prefacio de su libro *Del Plata al Niágara* damos traslado a este pasaje revelador: “Sí, muy humildemente pidamos para nosotros la bendición que nunca merecemos, porque en la conciencia más honrada la suma del mal es siempre mayor que la del bien. El demonio del egoísmo y del orgullo habita nuestras almas y rige sus actos con tiránica ley: pidamos la generosidad, la indulgencia, una comprensión cada día más alta del mundo y de la vida que nos conducirá a la pacificación, a la serenidad, raíz y flor de toda filosofía”⁷. Para agradecer las dádivas gratuitas de la naturaleza, recomienda dar gracias a la “bondad eterna” y “levantar en silencio la plegaria efusiva, sea cual fuere el templo en que se lo haga siempre encontrará su ignoto destino”⁸. Se alza de pronto un misticismo fuliginoso que pareciera limitar su escepticismo moral.

V. FILOSOFÍA POLÍTICA Y SOCIAL

La filosofía política y social de Groussac se comprende dentro del ámbito histórico de su época. Su filosofía positivista, ablandada por el arte, aunque lastrada de escepticismo, adhiere a algunos principios y valores de aquella filosofía: orden, progreso, organización. Por cierto, no podía faltar en la mentalidad francesa de Groussac la idea de la centralización del poder, que era compartida por los hombres de la generación del 80, inclusive por los que se decían continuadores del pensamiento de Alberdi y de los hombres de la generación del 37. Estos alberdianos, que por otra parte interpre-

5. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Prefacio. Edic. citada. Pág. 56.

6. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Prefacio. Edic. citada. Pág. 62.

7. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Prefacio. Edic. citada. Pág. 69.

8. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Prefacio. Edic. citada. Pág. 69.

taban con criterios positivistas el pensamiento del autor del *Fragmento preliminar al estudio del derecho* y de las *Bases*. . . , en realidad representaban una degeneración del auténtico pensamiento y filosofía política de Alberdi. Groussac pasó de una filosofía política que para asegurar los valores antedichos, iban hasta limitar la libertad política, a una filosofía que restablecía la libertad, aunque el poder lo reconcentraba en una minoría selecta, aristocrática y de ideas unitarias. Tras de simpatizar con las ideas de Renán, tal como lo hemos asentado, las abandona para adherir a las de Taine.

Frente al espectáculo de la falsa democracia latinoamericana y a la exhuberancia de los despotismos, Groussac pensó en un primer momento en el ideal de gobierno de Renán: un “déspota bueno y liberal”. En su libro *Del Plata al Niágara* leemos: “. . . Con tal de escapar a esa manía agitante del desorden, a ese crónico histerismo de turbulencias y revueltas, he deseado muchas veces para los países que amo el advenimiento de un dictador recto e inteligente, cuya férrea mano impusiera el orden y el progreso, al igual que otros fomentan el retroceso y la barbarie. He repetido con Renán que el ideal de los gobiernos sería el de un «déspota bueno y liberal»”⁹. Pronto advierte que hay incompatibilidad entre los términos de la expresión antedicha. No existe despotismo bueno y el adjetivo liberal no le va bien a semejante sustantivo. A pesar de los excesos en que las gentes pueden recaer en el uso de la libertad, ésta le parece que es el bien supremo. Termina reprochándole a Renán el haber aprendido esa filosofía política en “la escuela sanguinaria y sin entrañas del profetismo hebreo”¹⁰.

Propugnó Groussac una filosofía política liberal. El poder no reside en la voluntad del pueblo (Rousseau), sino en la razón del pueblo (Locke, Jouffroy), en los que tienen idoneidad política, en los que conocen las metas del Estado y los medios para realizarlas. Se trata de una minoría capacitada, que lleva la enseña de la civilización. Por eso su simpatía y defensa de la forma de gobierno unitaria, tan evidente en las páginas que dedica a este tema en su estudio sobre Diego Alcorta, uno de los trabajos que componen su libro *Estudios históricos*. Es indudable que estas ideas se comprenden dentro de la época en que le tocó actuar, en la cual los hombres del 80 centralizaron el poder político en Buenos Aires y

9. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Cap. VIII. México. Edic. citada.

10. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Cap. VIII. México. Edic. citada.

en pocas manos. No solo Groussac coincide con sus compañeros de generación, sino que influye en ellos en tal sentido. Su interpretación del desarrollo constitucional argentino sostiene que entre las constituciones de 1826 y la de 1853 no existen diferencias sustanciales. Con lo cual las luchas civiles del siglo XIX carecerían de sentido real y obedecerían a la pasión de los hombres. La escasez de formación filosófica lleva a Groussac a estos errores, que le impiden distinguir el historicismo romántico y el eclecticismo espiritualista que animan a los hombres de la generación del 37 y a los Constituyentes, y la filosofía racionalista de la ilustración que mueve a los unitarios. Esta errónea interpretación trae aparejado en Groussac valoraciones y juicios arbitrarios de figuras como la de Echeverría y Alberdi. Por otra parte, su visión francesa de los problemas argentinos y latinoamericanos le impide valorar adecuadamente la obra de España en América, así como su actitud antinorteamericana y europeísta le llevó a distorsionar su interpretación sociológica de los Estados Unidos de América. Siempre que puede Groussac coloca los clisés franceses en lugar de la realidad sudamericana, norteamericana o española.

En materia social sus criterios responden a la filosofía positiva: orden, progreso, organización. Tiene una visión naturalista de la sociedad. El orden social representa, a su juicio, un estado facticio y precario. "Lo natural, escribe en sus *Estudios de historia argentina*, es el desorden; y solo merced a todo un sistema complejo de diques y defensas es cómo la fábrica resiste el empuje exterior y no peligra la civilización. Cualquiera civilización —singularmente las recientes y rudimentarias— representa en lo moral lo que el Sur de Holanda en lo físico: un suelo conquistado sobre el mar, que bate los malecones en acecho de la brecha abierta por donde se precipitan el desastre y la ruina. En otros términos más claros: no hay equilibrio estable sin la fuerte trabazón de una jerarquía. La única igualdad, que no signifique una quimera, es la virtual, o sea la que, sustituyendo a las castas cerradas las clases abiertas, permite el vaivén libre y fecundo de la savia racional, que renueva incesantemente las aristocracias vitalicias de la moralidad activa, del talento bien empleado, de la fortuna bien habida. Los trastornos políticos terminan en el desquiciamiento social, porque tienden irresistiblemente a repetirse. Ahora bien: como ocurre con las operaciones quirúrgicas, si una primera revolución pudo ser salvadora, una segunda resulta nociva y una tercera suele ser fatal. De desorden en violencia, llega a caer el poder en las manos más indignas, hasta que el rebaño po-

pular, cansado de verse diezmado por los lobos menores, elige como pastor al más robusto de la banda, que lo libra de todos los demás”¹¹. La interpretación de la realidad social en Groussac es, bien se advierte, de índole positivista. Aplica criterios extraídos de las ciencias naturales y de las técnicas de ellas derivadas. Como en la naturaleza hay que admitir la selección natural y el triunfo de los más fuertes, lo cual produce inevitablemente la jerarquización social. Su concepción política liberal le hace pensar en la renovación incansante de las minorías o clase dirigente mediante el proceso de la educación. Esta minoría dirigente establece las defensas y compuertas que permiten el orden y la circulación de la vida en la sociedad entera. Cuando esas aristocracias de los mejores no está a la altura de sus responsabilidades, se produce el desquiciamiento social. De revolución en revolución, de violencia en violencia el poder cae en manos cada vez más indignas, hasta que se termina en las del más robusto de la banda.

Por lo que atañe al cuerpo político y social argentino, el malestar que observa Groussac en su época es el de la *distrofia*, mala alimentación que afecta la nutrición y crecimiento del país. La afeción es parecida en sus síntomas externos al marasmo que afecta a las naciones envejecidas. La *distrofia* política se manifiesta en la mala elección de los hombres dirigentes. Queda dicho la importancia que da a éstos en su filosofía política. El remedio que propone es la selección de los mejores hombres para las funciones públicas. Se trata de entregar los diversos mecanismos sociales a los que “poseen competencia para conocer sus deberes y conciencia para ampliarlos”¹². Estos hombres escasean, pero no son inhallables. Encontrados estos *right men*, como los llama Groussac, hay que situarlos en los lugares correctos (*right places*), no averiguando si son güelfos o gibelinos, sino únicamente “si están dispuestos a propender con todas sus fuerzas intelectuales y morales al bien común”. Ellos se encargarían de aplicar de arriba abajo, cada uno en su departamento, el principio inviolable de la idoneidad.

Por debajo de estos puntos de vista de filosofía política y social de Groussac se reconoce, y el mismo autor lo declara, el principio

11. PAUL GROUSSAC: *Estudios históricos*. El Dr. don Diego Alcorta. Edic. Jesús Menéndez. Buenos Aires, 1918. Pág. 150-151.

12. PAUL GROUSSAC: *Estudios históricos*. El Dr. Roque Sáenz Peña. Edic. citada. Pág. 334-335.

de la selección natural de Darwin, que preside la evolución de los organismos y produce su mejoramiento. La acción de estos hombres seleccionados, de estos hombres-coeficientes como les llama el autor, multiplicaría a la larga su valor colectivo. Solo para funciones excepcionales se podría recurrir a la colaboración de los especialistas extranjeros. La tarea sería de auténtico patriotismo. En este sentido parece aconsejable recordar qué entiende por tal Groussac. Transcribimos un pasaje de su estudio sobre Roque Sáenz Peña: "Al hablar de patriotismo, suelen evocarse imágenes heroicas, a lo Decio, cuando se debería concretar la idea a sus dimensiones y formas reales. Un patriota es sencillamente un hombre que considera y trata los intereses de la República como hace con los propios. Las grandes compañías industriales y sociedades comerciales nunca carecen de directores y gerentes idóneos, ¿por qué razón habrían de faltar para el organismo nacional que es la sociedad por excelencia?"¹³. Las palabras de Groussac son tan claras y sus ideas tan coherentes con toda su filosofía política y social, que huelgan las aclaraciones.

VI. FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

En materia de filosofía de la historia, Groussac tomó los criterios de Taine y algo de Fustel de Coulanges. Del primero acepta y emplea las categorías interpretativas del curso histórico: la raza, el ambiente geográfico y el momento histórico. La raza es un factor interno o endógeno de la configuración humana, que se manifiesta en los caracteres biológicos y psicológicos de las gentes. El ambiente es factor exógeno o externo, que actúan en la modificación de la raza. Del encuentro de la raza y el ambiente se produce el curso de la historia, que tiene mayor o menor impulso y movimiento. Taine había aplicado estos criterios en su *Historia de la literatura inglesa*, en su *Filosofía del arte antiguo*, en sus *Notas sobre Inglaterra*.

El uso de las categorías aludidas reconoce algunos antecedentes. Herder las emplea en su obra *Otra filosofía de la historia de la humanidad* (1774). Es un filósofo del movimiento del *Sturm und Drang*, anterior al romanticismo, el cual sostiene que la naturaleza y

13. PAUL GROUSSAC: *Estudios históricos*. "Dr. Roque Sáenz Peña". Edic. citada. Pág. 336.

la historia están animadas por un principio divino que les da un rumbo o sentido teleológico. El medio geográfico actúa morfogenéticamente en la vida humana. El empleo de este criterio se extiende al romanticismo francés y se lo encuentra en las obras de Chateaubriand, Michelet, Tocqueville, Lermínier, Cousin, Quinet y otros. Jouffroy es el que da un giro mecanicista a la filosofía de la historia de Herder, que se prolonga después en la interpretación de Taine, aunque subsistiendo un fondo espiritualista en la afirmación de un Axioma eterno que preside el desarrollo de toda la realidad.

Groussac toma estos criterios interpretativos de Taine, a quien considera, tal como queda dicho, “el más vigoroso espíritu de la Francia contemporánea”¹⁴. De la historiografía romántica de Michelet toma el principio de que la “Natura non facit saltus” y la convicción de la existencia de una ley invariable que preside el orden universal, así en lo grande como en lo pequeño¹⁵. Tiene fe invencible en el progreso humano como resultado de la concurrencia de la raza, el medio geográfico y el momento histórico.

La intervención de los factores mencionados da al curso de la historia cierta forzosidad y necesidad, sin que por ello deje de actuar la libertad humana. Si el determinismo fuese total, escaparían a toda condena los factores responsables de los excesos que manchan el movimiento histórico. “El único determinismo aceptable —dice Groussac— es el que muestra... la sucesión de circunstancias y la cadena de errores que, dados el medio turbulento y lo escaso del grupo ilustrado, tenían que acarrear fatalmente el triunfo de la barbarie, entregando el poder al representante más genuino y robusto del criollaje indómito. Pero no hay fatalidad histórica que penetre hasta el libre albedrío y pueda abolir toda responsabilidad individual”¹⁶.

En las obras de Groussac aparecen constantemente las explicaciones históricas y sociales fundadas en la raza, el medio geográfico y el momento histórico. Se puede verificar esta apreciación en sus *Estudios de historia argentina*, en el libro de viajes *Del Plata al*

14. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. California. Edic. citada. Páginas 77-78.

15. PAUL GROUSSAC: *Páginas escogidas*. La historia romántica de Michelet. Pág. 366.

16. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Pág. ídem. *Estudios de historia argentina*. Obra citada. Pág. 18.

Niágara, en Mendoza y Garay, en Los que pasaban, en Liniers. Damos traslado a algunos pasajes verificativos: "Entre los factores sociológicos ocupan un puesto primordial los permanentes o lentamente modificables: así el suelo y la raza. Son componentes del primero, además de la extensión y naturaleza del territorio, su configuración general y situación geográfica, que rigen su clima y producciones"¹⁷. Tales factores le sirven a Groussac para explicar la diversidad social de los pueblos sudamericanos, desde la Argentina y Chile hasta la de Perú, Venezuela, Colombia, México, Panamá y Honduras. Por cierto, los emplea también en la explicación de la sociedad norteamericana. Es importante indicar que considera la tierra firme o continental como elemento decisivo de la sociabilidad y niega ese papel al mar con el recuerdo de algunas palabras de Horacio: "Oceano dissociabili"^{17a}.

La significación preponderante que Groussac confiere a la raza en la interpretación de la sociedad sudamericana adquiere toda su fuerza en este pasaje de su libro *Del Plata al Niágara*: "No me cansaré de insistir en la importancia de este doble dato demográfico correlativo en las regiones hispaamericanas: las cifras absolutas del elemento europeo y del elemento indígena. Ello da la clave del resto. La latitud y, como consecuencia, la afluencia europea, por una parte, la ausencia del grupo indígena compacto: he ahí la doble condición del progreso americano. La raza inferior autóctona es un obstáculo tanto más poderoso cuanto más numerosa y relativamente "civilizada" haya sido al tiempo de la conquista y durante la era colonial. "No se pone vino nuevo en odres viejos"¹⁸. Es evidente la interpretación "racista" de Groussac.

Pasa por los escritos de nuestro autor la filosofía social de Comte, atenuada por su sensibilidad artística. Los hechos históricos y los sociales son la resultante de los antecedentes lejanos o próximos. Comte hablaba de mecánica y dinámica social. También lo hace Groussac. En la mecánica social, la reacción no corresponde exactamente a la acción: es siempre mayor, y tan desproporcionada a veces, que suele el observador superficial desconocer su legítima procedencia. De esta manera interpreta algunos hechos argentinos del

17^a PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Cap. VII. Veracruz. Edic. citada. Pág. 70.

18. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Cap. IX. "Democracias Latinoamericanas". Edic. citada. Pág. 215.

siglo XIX. "Entre los extravíos de Dorrego, los atentados de Lavalle y los crímenes de Rosas, es tan enorme el «crescendo» que, al parecer, no existe vínculo de causalidad. Existe, sin embargo: lo último se ha engendrado de lo primero, según una ley tan directa como la que relaciona la inundación del valle con la nieve silenciosa amontonada en la cumbre"¹⁹. Aplica Groussac la idea de causa y efecto a los fenómenos históricos y sociales. La realidad histórica no se causa a sí misma, sino que es el resultado de la raza y la geografía. Encuentra las causas de los hechos humanos en el contorno físico, en el clima ambiente, en los ingredientes biológicos. Se olvida el carácter reactivo que tiene la vida humana, que la lleva a transformar la tierra en torno y elaborar sistemas de valores con independencia de los aspectos étnicos.

Hay que asentar que siguiendo a Taine, incluye Groussac en su filosofía de la historia la psicología social de los personajes y de los móviles que los agitan en el proceso histórico y social. Esa interpretación psicológica la extiende a los pueblos, tal como el propio Taine la había cumplido en el estudio de los rasgos característicos del pueblo inglés. Basta recordar aquí sus agudas notas sobre Inglaterra.

Como en su filosofía social, en la de la historia Groussac destaca el papel que cumplen las grandes personalidades y la minoría ilustrada en el movimiento histórico. El común de las gentes son pasivas y se mueven a impulsos de lo que siembran los dirigentes. La presión histórica va de arriba hacia abajo y no al revés. De allí que Groussac no haya encarado estudios históricos del curso común de la vida del pueblo argentino. Ha hecho girar la historia del país en torno de algunas personalidades importantes, la de Mendoza y Garay, la de Liniers, la del P. Guevara, la de Alvear, la de Alcorta, la de Pellegrini, la de Mitre y otras muchas. Si bien estaba en condiciones intelectuales de escribir la historia general de la Argentina, no lo hizo porque se lo impedía su filosofía de la historia.

VII. FILOSOFÍA DE LA HISTORIA ARGENTINA

En Groussac podemos encontrar, además de una filosofía de la historia en general, cuyos lineamientos trazamos en páginas anterior-

19. PAUL GROUSSAC: *Estudios de historia argentina*. "El Dr. don Diego Alcorta". Edic. citada. Pág. 172.

res, lo que pudiéramos llamar su filosofía de la historia argentina. Es bien sabido que no escribió una historia general de la Argentina. Sus trabajos son siempre investigaciones particulares y minuciosas en sus detalles, y con un concepto muy personal de la biografía y del papel y la eficiencia histórica de las grandes individualidades. La admiración por éstas le lleva a mover el curso de la historia en torno de las mismas. No obstante ese apego a las investigaciones concretas y al conocimiento de los detalles de los acontecimientos y sus protagonistas, los libros de Groussac son como piedras puestas en el curso del río de la historia argentina, que permiten transitarlo, si se prefiere atravesarlo, desde los tiempos de la conquista y la colonización española hasta la época independiente, y dentro de ésta hasta los años de actuación del propio Groussac. Los nombres de sus libros son sugeridores: *Mendoza y Garay, Santiago Liniers, Los jesuitas en Tucumán*, sus *Estudios históricos argentinos* y su *Crítica literaria* (por donde pasan Moreno, Rivadavia, Alcorta, Rosas, Echeverría, Alberdi y tantos otros) y los ensayos que componen su obra *Los que pasaban*, donde estudia algunas figuras importantes de la generación del 80, de actuación hasta 1914.

De sus estudios particulares de la historia argentina, Groussac ha desprendido reflexivamente algunas líneas generales del desarrollo histórico del país. Concibe el proceso histórico como movido por fuerzas opuestas y contrarias. Sin la tensión y la lucha de estas fuerzas polarizadas el movimiento de la historia se detendría. De ellas algunas son dominantes y otras dominadas. Cuando se desgastan las primeras irrumpen las otras en el quehacer histórico. Esta interpretación es análoga a la que ofrece Eduardo Zeller, el gran historiador de la filosofía griega. En el caso de la historia colonial argentina, las fuerzas de dominio estuvieron representadas durante la conquista y la colonización por la penetración y dominio español y a la postre de la civilización europea. Las fuerzas sumergidas y dominadas, por cierto que no en forma absoluta, estaban representadas por el elemento vernáculo y americano. Durante la colonización la situación no cambia, aunque a medida que se avanza en el siglo XVIII se advierte un estancamiento y decadencia de la cultura española y de su imperio político, que hace que los descendientes hispánicos en América vayan adquiriendo dominio, si no en el aspecto de la autoridad política, sí en la vida social y económica de los pueblos. Esta situación hace crisis en el primer decenio del siglo XIX en que esas fuerzas vernáculas, de origen europeo, logran la independencia y el poder político. En un primer momento, en el proceso

revolucionario, las fuerzas que realizan la separación política se hallan mezcladas, pero lentamente el curso de la historia vuelve a mostrar la presencia de fuerzas opuestas y contrarias, que, en el fondo, a juicio de Groussac, constituyen la prolongación de las fuerzas que movían el curso histórico durante la época colonial. Producida la ruptura del cordón umbilical con España, y tras de la mezcla de las fuerzas históricas durante la Revolución, la oposición entre "godos" y "criollos" se transforma en la de unitarios y federales. Los primeros representan por su educación, sus ideas y sus intereses, las fuerzas históricas de las ciudades, particularmente de Buenos Aires. Estos criollos unitarios prolongan los sesgos españoles de la ascendencia social, el poder político, la educación en la universidad o en la milicia, para el desempeño de las funciones públicas. Tienen, como lo tenían los propios españoles, el sentido del honor, el coraje, la lealtad, la vanidad de casta y el desdén del trabajo, aunque no presenten el carácter rutinero de los españoles. Los federales, por su parte, son hombres formados en la campaña, aunque a veces tengan abolengo ciudadano, hechos al trabajo, al cálculo, a la sencilla vida material, con rusticidad de modales y hábitos propios de estancieros y hombres de campo. Estas fuerzas contrarias, aristocráticas, funcionaristas y urbanas unas, campestres, instintivas y americanas las otras, son las que mueven el proceso histórico argentino durante el siglo XIX.

Subyace por debajo de esta interpretación groussacniana la convicción de que el proceso histórico general es el resultado del combate entre innovación y tradición, entre libertad y necesidad, que es la ley misma de la historia. Modos de esa oposición básica son todas las demás que se advierten en la vida argentina. Groussac traslada a su interpretación de la historia del país esta ley fundamental de su filosofía de la historia. La estudia en relación con las fuerzas políticas y los factores sociales y económicos. Nada mejor que escuchar al propio autor en esta aplicación: "Tal antagonismo, en suma, no es sino el combate ubicuo y eterno de la innovación contra la tradición, que es la ley misma de la historia; y, según tenga el vencedor de la jornada, mayor o menor virtud civilizadora que el vencido, resulta el progreso o el regreso de la colectividad. Es evidente, por ejemplo, que lo primero ocurre aquí durante el período de la conquista, y no lo es menos que la estancación colonial del siglo XVIII equivale a un retroceso. Pero, en la naturaleza, la vida queda al fin victoriosa de la muerte. La pendiente es irresistible, y la suspensión causada por un obstáculo, siempre momentánea. El

El predominio de la España decadente sobre sus colonias constituía más y más un equilibrio inestable, al paso que éstas crecían y aquélla se debilitaba por una mutua transfusión de sus respectivos elementos. Toda lucha, en efecto, trae un contagio del que ningún contrincante sale incólume. Y cuando, a las múltiples infiltraciones del contacto secular se juntara la mezcla de las sangres durante varias generaciones, con eliminación gradual del elemento autóctono que se repudiaba, compréndese cómo se formaría en cada colonia (y más en ésta, que rebajó a nivel inferior la masa indígena no asimilada) una clase de criollos urbanos, apenas distintos étnica ni socialmente, de sus parientes peninsulares, pero superiores a éstos por la savia juvenil y la perfecta adaptación al medio. Al principio del siglo XIX, los españoles sólo detentan aquí la autoridad, y por ésta el comercio reglamentado, mínima parte del efectivo. Todos los factores socio-lógicos son americanos en su inmensa mayoría, desde la única riqueza incommovible, que es la propiedad territorial con las industrias agrícolas, hasta la constitución del hogar, que es nativo como la madre, aunque el padre sea español. La educación del criollo "decente" era la española, menos la rancia preocupación rutinera, y más, por tanto, la permeabilidad al espíritu europeo; cada joven *indiano* educado en España volvía revolucionario a la francesa, y de la misma Salamanca sacaba tendencias antisalmatinas. Estructura tan frágil y artificial no podía subsistir; para que se viniese al suelo la fábrica vetusta, bastaba que un accidente enseñase lo endeble y carcomido de los estribos tradicionales que la apuntalaban, y luego se ofreciese la ocasión de consumir la ruina inevitable, la invasión inglesa a Buenos Aires trajo el accidente ilustrativo, y la francesa a España la esperada ocasión". Este es el cuadro histórico y social del Río de la Plata en el paso del siglo XVIII al XIX. Una vez desaparecido el antagonista externo, se plantea la dualidad doméstica a que aludimos más arriba.

La oposición entre "godos" y "criollos" da lugar después de la revolución al antagonismo entre unitarios y federales. El proceso de formación de estas fuerzas históricas, sociales y económicas Groussac lo presenta en una página concisa y densa en contenido. Escuchémosle: "...Los partidos del año 40 se derivan directamente de los del año 10, como éstos arrancan del duelo secular entre el indigenado y la conquista, a pesar de todos los factores adventicios que se funden en la masa local. "Godos" y "patriotas" evolucionan por separado, guardando su paralelismo antagónico; y, al través de sucesos al parecer fortuitos, el primer grupo engendra tan lógicamente

a los unitarios, como el segundo a los federales”²⁰. Más adelante añade: “El partido colonial significaba: en lo social, el orden jerárquico fundado en privilegios de sangre y en ventajas de situación; vale decir, la aristocracia nativa, la autoridad tradicional, la educación de universidad o de corte, que desarrolla las aptitudes para las carreras administrativa y militar; en lo moral: la valentía, el honor, la lealtad, que son virtudes nobles, junto a la vanidad de casta y al desdén del trabajo, que son defectos nobles también. El grupo americano y patriota (mal representado en las primeras Juntas, nacidas de intrigas y asonadas) significaba esencialmente la riqueza en su doble forma: ya estática por la ocupación del suelo, ya dinámica, por su explotación, siquiera rudimentaria. La estructura feudal, iniciada con los repartimientos y las encomiendas de la conquista, se continúa en la era colonial con la denuncia y la vaga explotación del campo baldío, para rematar, después de la revolución, en la enfiteusis y, finalmente, en la distribución de la tierra pública entre los amigos del gobierno, y el despojo, más o menos disimulado, de sus enemigos. Se forma así la clase de los grandes hacendados, cuya influencia arraigada y creciente conseguirá el predominio. Allí se acumula la energía latente del país, asentada en las virtudes democráticas del trabajo, del cálculo, de la sencilla vida material, si bien ya maleada por la rusticidad de los modales y hábitos del estanciero, y su desprecio instintivo de la cultura urbana o sea europea. El hondo sacudimiento de la independencia confunde pasajeramente todos los elementos nativos; pero, pasada la tormenta y restablecido el relativo equilibrio, se asiste a un curioso renacimiento del espíritu “español” (quiero decir, aristocrático y funcionarista) en los urbanos, al par que en los rurales (muchos de ellos nacidos en la ciudad y de claro abolengo) a un recrudecimiento de hábitos campestres. Resucita la rivalidad entre los primeros, que luego se llamarán unitarios, y los segundos, que se apellidarán federales, sin que en realidad estos motes conserven su correcta acepción doctrinal. En su estructura, pues, y por sus hombres dirigentes —políticos de gabinete, militares de escuela, universitarios, publicistas, poetas—, el partido unitario encarna el espíritu de la ciudad, al paso que el federal resume el de la campaña. Pero el espíritu “porteño”, o sea de la capital puerto de mar, no es otra cosa que el europeo asimilado, así como el espíritu “criollo” no es sino el americanismo estre-

20. PAUL GROUSSAC: *Estudios de historia argentina*. “El Dr. don Diego Alcorta”. Edic. Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1918. Pág. 197.

cho que se mantiene intacto en las aldeas y montes mediterráneos. Y ved ahí cómo, por afinidad natural, se agrupan bajo la misma bandera la aversión de las provincias por Buenos Aires y el odio de los federales por los extranjeros, complemento lógico de su odio por los unitarios de la ciudad”²¹. Este bosquejo interpretativo le sirve a Groussac para seguir el hilo conductor en el laberinto de la historia argentina. Si bien prefiere el estudio de los pormenores del curso y los acontecimientos históricos, sabe elevarse a las ideas generales y filosóficas cuando se trata de apreciar los horizontes amplios y la vastedad de los hechos.

En la breve síntesis de filosofía de la historia argentina o, si se prefiere de historia filosófica, Groussac muestra sus propias valoraciones axiológicas. Como europeo que es, la conquista y la colonización le parece obra civilizadora de España, que representa las fuerzas dominantes frente a las sojuzgadas de los nativos de América. En su visión del siglo XIX argentino sus simpatías están con los unitarios, que llevan la antorcha de la civilización y de los intereses europeos asimilados en el país, en contra de los federales, que constituyen el elemento americano. Trastrueca la relación de dominio histórico de tales fuerzas históricas. De ser coherente con la relación en que se encontraban las fuerzas europeas y americanas en la conquista y la colonización, debió pensar Groussac como elemento de dominio en la época independiente a las fuerzas urbanas, europeístas, unitarias y aristocráticas, frente a la situación de fuerzas subyugadas de las campañas, americanas, federales y democráticas. No ocurre así, sin embargo. Piensa que estas últimas son la amenaza constante de aquéllas, las avasalladoras y bárbaras. Este trastrueque de valoración no es inocente y coincide con los puntos de vista de los hombres que llevaron adelante la “porteñización” de la Argentina después de Pavón y que llega a su ápice con la actuación de los hombres de la generación del 80 y del propio Groussac. Los resultados de esta actitud europeísta están a la vista: un país sumido en la dependencia cultural, económica, social y espiritual con una ciudad capital pensada para la mediación y el olvido del destino argentino.

IX. TEORÍA HISTORIOGRÁFICA

Quizá convenga recordar, en primer término, el concepto que Groussac tiene de la ciencia histórica: “. . . historia es todo relato de

sucesos pasados, y son documentos cualesquiera vestigios humanos, si bien por su importancia primordial suelen así designarse casi exclusivamente los escritos contemporáneos del asunto tratado, mirándolos con razón como elementos esenciales de la historia. . .”²². Concebía la historiografía como de índole bifacética: como ciencia y como arte. En las páginas prologales de su *Garay y Mendoza, Las dos fundaciones de Buenos Aires* (1916) y en algunas casi finales de su obra *Santiago Liniers, con De Buenos Aires* (1907), lo mismo que en páginas sueltas de los *Anales de la Biblioteca* (en prólogos, estudios y advertencias), nuestro autor sostiene el doble carácter de la historiografía. Critica el carácter puramente científico que atribuyen a la misma Langlois y Seynobos, en su *Introducción aux études historiques*, y Altamira en sus cursos dictados por los días del Centenario en la Universidad de La Plata.

Según Groussac, con la historiografía ocurre un poco lo que con la arquitectura. Ésta contiene y necesita conocimientos científicos para realizar sus construcciones. Pero junto a este aspecto está el estético y estilístico. Nadie discute —piensa el autor— el doble carácter de la arquitectura. De parecida manera, la historiografía presenta un aspecto científico, que le viene de las nociones paleográficas, filológicas, diplomáticas, etc., que concurren a su elaboración y a las que no se puede negar carácter científico. Pero ya en el análisis y crítica de los documentos el historiador necesita “una penetración exquisita, unida a una impecable exactitud de juicio”, a la vez que “cierto don personal de sagacidad inventiva, que no se adquiere y tiene su parte de adivinación”²³. Estos aspectos de la labor del historiador son ya subjetivos, no científicos. Hay que decir que el concepto de ciencia que emplea Groussac es el de las ciencias naturales, esto es un sistema de verdades y leyes conexas, que la historiografía no alcanza a satisfacer. Una vez más, al autor se inscribe dentro de las ideas y convicciones del positivismo.

La disciplina histórica presenta otros aspectos que son claramente artísticos en el sentido amplio del término. Son las tareas y operaciones sintéticas y constructivas del quehacer historiográfico, o sea, como dice el autor, “el período decisivo de la labor en que, termi-

22. HIPÓLITO TAINÉ: *Notas sobre Inglaterra*. Edic. Espasa-Calpe, Madrid, año 1920.

23. PAUL GROUSSAC: *Mendoza y Garay*. Las dos fundaciones de Buenos Aires. Prefacio. Edic. Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1916. Pág. VII.

nada la labor documental y ordenados los materiales recogidos, toca ya al pensador y artista, apartando de sí al erudito, quedar solo en presencia del asunto para agotar en la ejecución sus recursos propios y mentales energías”²⁴. La síntesis significa tanto como construcción y arte, y tiene que ser guiada por la visión interna del historiador. El arte no entra en los estudios históricos de rondón. Sienta plaza en ellos, porque les es consustancial en tanto la construcción y la síntesis son los aspectos más importantes de la tarea del historiador.

La historiografía no es ciencia pura, en el sentido que lo son las ciencias naturales. “El historiador completo —digan lo que digan los impotentes— debe juntar en sí un sabio con un artista”. Tres momentos señala Groussac en la tarea del historiador: 1) la preparación erudita, que equivale al dominio de la base documental y debida información de los acontecimientos que se estudian; 2) la tarea creadora o constructiva para idear la obra y su plan; y 3) la aptitud para ejecutarla cumplidamente. El primer aspecto es científico, los otros son artísticos. Por eso este autor dice: “. . . también en nuestra disciplina, junto a la cultura general y al acopio erudito, existe un arte de historiar, con que cada escritor aplica, ora al desarrollo del asunto, ora a cada problema particular, sus dotes de inteligencia, discernimiento crítico y sagacidad —fuera del talento supremo de expresión, que a tan pocos concede la avara naturaleza”. No puede la historiografía clasificarse como ciencia constituida, no solo en razón de su incapacidad para ordenar en series sus elementos dispersos (como la realizan las cuasi ciencias de clasificación) o aplicar a los hechos sucesivas leyes deterministas de generalización y causalidad (como lo intentan temerariamente la “filosofía de la historia” y la reciente sociología), sino también por la escasez e insuficiencia de los documentos probantes en los tiempos antiguos, o su abundancia discordante en los modernos”²⁵. Y agrega el mismo Groussac: “Así es como coartada en general la elaboración constructiva de la historia —que es propiamente su elemento científico por lo imperfecto de los materiales disponibles—, apenas le es dable establecer la exacta verdad de ciertos pormenores concretos, debiendo para los conjuntos, contentarse con aproximaciones en parte conjeturales y subjetivas. Tal resultado daría, a mi entender, el inventario del a historiografía antigua y moderna, exceptuando algunas

24. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Prefacio. Edic. citada. Pág. IX

25. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Prefacio. Edic. citada. Prefacio. Pág. IX.

monografías de asunto muy próximo y circunscripto”²⁶. Los acontecimientos históricos son individuales, únicos y refractarios a todo ordenamiento regular. Lo cual tiene como consecuencia además de la condición acientífica de la historiografía, el que la ausencia o falta de los mismos, a raíz de lagunas documentales, no sea sustituible sino por hipótesis o conjeturas, dando de este modo entrada a criterios subjetivos en los estudios históricos, al criterio y la intuición personal del investigador.

Por lo demás, el arte sienta plaza en la historiografía entrando por la puerta ancha. En la tarea de la reconstrucción histórica, es preciso que el historiador recurra a sus dotes artísticas, pues allí interviene la imaginación, la intuición y la capacidad ideativa y expresiva del historiador. Aunque Groussac admite que la historiografía tiene, como primera razón de ser, la investigación de la verdad, y la necesidad de fundar en una sólida base documental sus conclusiones, ello no obsta para que “esa verdad perseguida y hallada es la que se integra con la expresión, gracias al elemento artístico o subjetivo que aparenta prestarle solo línea y color, cuando en verdad le infunde vida en potencia y en acto”²⁷. En suma: junto al aspecto científico y la información erudita, existe un arte de historiar que se manifiesta en el desarrollo de los asuntos, en el discernimiento crítico, en la sagacidad intelectual y en “el supremo talento de la expresión”, que se tiene o no se tiene.

En materia de crítica historiográfica, concentra Groussac en tres principios sus puntos de vista. En primer lugar sostiene la escasa fe que merece el testimonio único, por más sincero e imparcial que sea el testigo. Nunca conviene fiarse de los sentidos o de los recuerdos, que son otras tantas fuentes de error. Recomienda sí el análisis comparativo de los testimonios y la prueba contradictoria. Solo de este modo se logra extraer la verdad envuelta en la masa engañosa de los documentos.

El segundo principio, corolario del anterior, aconseja no aceptar, ni aun condicionalmente, la opinión de parte interesada, sino en lo que parezca contraria o por lo menos indiferente a su interés. Se puede imaginar la opinión que le merecen a Groussac los juicios históricos que se fundan en autobiografías, refutaciones, vindicaciones y otros alegatos con interés de partes. Buena parte de la histo-

26. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Prefacio. Edic. citada. Pág. XI.

27. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Prefacio. Edic. citada. Pág. XI.

riografía argentina del siglo XIX está construida con estos materiales inseguros.

El tercer principio de la crítica histórica consiste en no aceptar el criterio judicial en la apreciación de los conflictos históricos. No hay que considerarlos como un pleito cuya sentencia tiene que acarrear indefectiblemente la condenación de una parte y el triunfo de la otra. En el campo de las investigaciones históricas este caso, lejos de ser frecuente, es excepcional. En la lucha de los partidos políticos y en la disputa entre naciones, los agravios son recíprocos y se reparten entre las partes, aunque no en proporciones iguales. En suma: el historiador no puede tener en su labor la actitud del partidario y del abogado. Su primera obligación consiste en mirar con desconfianza toda exposición que tienda a dividir la sociedad en dos grupos compactos: el de los santos, aureolados por la luz, y el de los réprobos, confundidos por las tinieblas.

Las investigaciones históricas de Groussac ostentan los sesgos de su concepción de la disciplina histórica. Autor de numerosos trabajos, de una erudición amplísima, conocedor profundo de la realidad histórica argentina, no escribió una historia argentina de carácter general. Como queda dicho no porque le faltase talento, o energías, o conocimientos, sino porque su filosofía de la historia y su teoría historiográfica se lo impedía. Prefirió los estudios biográficos, como Juan María Gutiérrez, pero por otras razones. Este último se movía con las ideas del historicismo romántico y la exaltación de las grandes personalidades como motor del proceso histórico. Groussac, cuyo espíritu y cultura filosófica se nutren en el positivismo de su época, con cierto matiz agnóstico y escéptico, no considera la historiografía puramente como una ciencia de hechos, al modo de las ciencias naturales. Interviene en ella el arte.

Por lo demás, no admitía Groussac oposición entre las figuras y prohombres y el común de las gentes en el proceso histórico. Los primeros eran la personificación de la realidad histórica, su corporización, como si el mármol se volviese estatua. A través de los próceres alcanzan realidad las fuerzas que animan los acaeceres históricos y a su vez influyen sobre ellas, en un proceso de ida y vuelta. De este modo resolvía la oposición entre la realidad histórica impersonal y cotidiana y la realidad histórica de los grandes hombres.

Los estudios de Groussac no son biografías en el sentido corriente del vocablo ni tampoco lo son en el sentido de la historiografía romántica. Los hombres representativos alcanzan la significa-

ción de tales porque son una manifestación de la realidad histórica, expresan la realidad histórica misma a través del pensamiento y la acción personales. Se comprende así que el estudio de las grandes figuras de la historia involucra el estudio de todo el curso histórico de su época. Es lo que ocurre con su *Santiago Liniers*, su *Garay y Mendoza: las dos fundaciones de Buenos Aires*, *Estudios de historia argentina*.

En particular, y por lo que atañe a los estudios de interés para la historia del pensamiento filosófico argentino, cabe decir lo mismo de sus ensayos sobre José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña, que integran su libro *Los que pasaban*. Asimismo tienen ese carácter biográfico apuntado las figuras que pasan por sus *Estudios históricos argentinos*, tales como Diego Alcorta y Alberdi, o por su obra de *Crítica literaria*, con estudios sobre Moreno y Echeverría. Pero este aspecto de la tarea de Groussac merece una consideración aparte.

X. INVESTIGACIONES DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO ARGENTINO

Entre los estudios biográficos de Groussac hay algunos que poseen interés para la indagación de los antecedentes de la historia de la filosofía argentina. Aludimos en primer lugar a sus escritos sobre Diego Alcorta y Juan Bautista Alberdi, que integran su libro *Estudios de historia argentina*, y a algunos que componen su obra *Los que pasaban*, en la que figuran semblanzas e indagaciones acerca de José María Estrada, Pedro Goyena, Nicolás Avellaneda y algunos más.

Hemos asentado que en materia filosófica, Groussac era un autodidacto. Como a todo hombre culto no dejó de interesarle la filosofía pura, ya que sus estudios de psicología, lógica y moral los había realizado en su bachillerato francés. Su escepticismo y agnosticismo filosóficos no le dejaron profundizar en el campo de la metafísica y de la historia de la filosofía. De allí los errores que se advierten en la investigación de algunas de las figuras argentinas mencionadas. Esas fallas, que surgen también de su interpretación positivista y de las aludidas deficiencias de formación, le llevan a cometer errores groseros y apreciaciones ligeras, y como muestra cierta proclividad a encapsularlos dogmáticamente ellos resultan más chocantes aún.

En todos los trabajos mencionados, que en su mayoría se re-

fieren a contemporáneos suyos, que tuvo ocasión de tratar y conocer personalmente, se apoya en abundante documentación y campea en ellos, además de su incisivo espíritu crítico, su estilo conciso, cortante y nervioso, tan característico de su prosa histórica y literaria. No todos estos escritos tienen igual mérito desde el punto de vista de la historia de las ideas filosóficas. En algunos de ellos, como el que dedica a Diego Alcorta, por lo que atañe al personaje mismo y sus ideas filosóficas, las páginas de Groussac son objetivas y acertadas. No se puede decir lo mismo de su extensa digresión sobre la filosofía política de unitarios y federales, donde el autor sostiene que las diferencias no son de ideas, sino de pasiones e intereses. De aceptar esta interpretación groussacniana, habría que concluir que las luchas civiles de los argentinos durante el siglo XIX fueron puro nominalismo histórico, supuesto que entre los personajes que las animaron no habrían diferencias de filosofía política.

Acaso convenga mostrar lo antedicho con algún detalle. El estudio de la figura de Alcorta y sus ideas filosóficas comprende unas 35 páginas. Las demás, hasta alcanzar casi 130 páginas están orientadas a mostrar el ambiente histórico de la época: la presidencia de Rivadavia, el entredicho entre Dorrego y Lavalle, y su desenlace, el quindenio del gobierno rosista. En realidad resulta excesiva cualquiera sea el mérito de ellas, la extensión de estas páginas digresivas, que por sí constituyen un estudio aparte.

Interesa aquí, de momento, la figura de Diego Alcorta y sus ideas filosóficas. De la filosofía de la historia de Groussac algo queda dicho en otras páginas de este mismo trabajo. El estudio filosófico sobre Alcorta está bien elaborado. Comienza por situar al hombre a la luz de algunos testimonios de la época: Gutiérrez, V. F. López, Mármol. Olvida el de Rivera Indarte. Anota los datos biográficos y los pasos de su formación intelectual en filosofía y medicina, primero en el Colegio de la Unión del Sud (1817), aunque no terminó sus estudios allí, sino en la Universidad (1822), para matricularse después (1823) en el Departamento de Medicina, donde obtuvo su diploma en 1827. Durante estos años de formación tuvo como profesor de filosofía a Juan Crisóstomo Lafinur, quien introdujo la enseñanza filosófica de la ideología en el mencionado Colegio. Se doctoró con una tesis sobre la *Manía aguda*, que es un resumen de las doctrinas entonces difundidas de Pinel y Esquirol, y esas páginas son "el reflejo de Condillac, el gran maestro de la prosa científica".

Algún error de historia de la filosofía se desliza en esta parte

del trabajo de Groussac. Caracteriza como un “pequeño período de *Sturm und Drang* intelectual” la actuación política de Rivadavia²⁷. En realidad, el movimiento alemán mencionado es prerromántico, pero no racionalista ni de las luces, y mal puede servir para caracterizar el pensamiento de Rivadavia y de los hombres que lo acompañaron durante su actuación pública, que eran racionalistas e ideólogos.

La enseñanza filosófica de Alcorta y el contenido de su *Curso filosófico*, los caracteriza con acierto Groussac. Se trata de una filosofía ecléctica, integrada por el puro análisis de Condillac y el ideologismo racional de Destutt y el fisiologismo de Cabanis, todo ello cribado a través de la experiencia médica y filosófica del propio Alcorta²⁸. A ello se suma, sobre todo en metafísica, las influencias de Fenelón y Leibniz.

El juicio que le merece Alcorta se puede resumir en estas palabras de Groussac: “Más que un sabio profundo y un filósofo original, fue un cultivador de almas. Entre las almas por él cultivadas se encuentran algunas de las más nobles de su generación: estas son las que han tejido al maestro amado la corona que algún día se colocará en el monumento que le levante la gratitud argentina, y en cuyo zócalo merecerá se graben, como supremo elogio, estas palabras del Apóstol: «Pertransiit Benefacendo»”²⁹.

También en esta parte de su estudio sobre Diego Alcorta, se escapan a Groussac algunos errores de historia de la filosofía. Del análisis del entendimiento humano, que hace salir de la sensación toda noción del mundo exterior y que asienta en la educación de los sentidos el desarrollo de las facultades intelectuales, le parece a Groussac que debiera seguirse como consecuencia necesaria el determinismo de Spinoza. Olvida el panteísmo racionalista de este último, y en Condillac la fuerza anímica interna que vuelve posible la libertad.

En otra parte incurre en reflexiones inciertas. Sostiene con razón que Alcorta combate la preocupación de los innatistas (Descartes y

27. PAUL GROUSSAC: *Estudios de historia argentina*. “El Dr. don Diego Alcorta”. Edic. citada. I, pág. 145.

28. PAUL GROUSSAC: Obra citada. “El Dr. don Diego Alcorta”. Idem, páginas 190-191.

29. PAUL GROUSSAC: Obra citada. “El Dr. don Diego Alcorta”. Idem, página 259.

el racionalismo) y adhiere al asociacionismo psicológico de Gassendi y Locke. Pero erróneamente cree advertir la reviviscencia del innatismo en algunas hipótesis transformistas y se pregunta si no son, en cierto modo, ideas innatas las aptitudes adquiridas que se fijan y transmiten por herencia³⁰. Pasemos...

La indagación que realiza Groussac de Alberdi y su obra las *Bases*... no guarda la objetividad crítica que reconocemos en su estudio del pensamiento de Alcorta. En este trabajo ya llama a aquél "nuestro sofista más temible", bien que añade, "por lo mismo que tenía talento"³¹. En *Las Bases y el desarrollo constitucional* la granizada de juicios desfavorables se torna injusta, arbitraria y por momentos desatinada. Como sólo los textos tienen valor verificativo, transcribimos algunos: 1) "Como la mayor parte de sus émulos sudamericanos, Alberdi ha sido ante todo un periodista, es decir un escritor de circunstancias"³²; 2) "Montesquieu no es en su misma patria una gloria callejera, y Alberdi no es Montesquieu; ni estamos en Francia"³³. Está bien. Pero tampoco Groussac es Sainte-Beuve ni la Argentina es Francia; 3) "Tampoco esa melancólica figura de bufete atraviesa el horizonte patrio en actitud ecestre o tribunicia... Como el físico, su flaco perfil intelectual carece de carne para el alto relieve"³⁴. El tiempo ha desmentido a Groussac; 4) "con la misma soltura que imitaba a Larra o a Lerminier, competía con Esnaola en gimoteos sentimentales... disfrazándose de Figarillo por la mañana, de filósofo por la tarde, y, a la noche, de pianista y cancionero de salón"³⁵; 5) "Alberdi era esencial y orgánicamente inverdídico". Lo mismo dice de Vicente Fidel López y de Sarmiento, aunque esta vez da una interpretación a lo Taine y se apoya en la frenología. Escuchémosle: "Sarmiento, como su amigo Vicente Fidel López, profesó siempre el más soberano desdén por la exactitud, debido en parte a la falta de disciplina intelectual, pero mucho más,

30. PAUL GROUSSAC: Obra citada, "El Dr. don Diego Alcorta". Edic. citada. VII, pág. 253 y nota 2 al pie de página.

31. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "El Dr. don Diego Alcorta". Edic. citada. I, pág. 148.

32. PAUL GROUSSAC: *Estudios de historia argentina*. "Las bases de Alberdi y el desarrollo constitucional". Edic. Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1918. Cap. I, pág. 269 nota.

33. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "Las bases...". Edic. citada. II, páginas 273-274.

34. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Idem. Edic. citada. II, pág. 274.

35. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Edic. idem. III, pág. 291.

quizá, a un achaque de la raza. El andaluz, como el provenzal — en grado mayor— es inveraz, desinteresada y casi inconsciente, por simple arrebató artístico o, como se diría en frenología, “constructividad imaginativa”³⁶. Los juicios de Groussac se van haciendo cada vez más amargos, injustos y despiadados. He aquí algunos: “. . . y muévenos a indulgencia recordar que Alberdi fue de salud escasa y vacilante. Tiene algo de diatésico su desequilibrio; su inquietud es mórbida: *mens aegra in agro corpore*”³⁷. “Al pobre Alberdi se le autojaba un capítulo de atrasados teólogos”³⁸. “Ahora bien: de tales vulgaridades, entreveradas de contradicciones y trocatintas, se compone el afortunado librejo” [se refiere a las *Bases*]³⁹. El análisis de la referida obra de Alberdi suscita al crítico estas valoraciones: “Junto a la gravedad pontifical de los aforismos “prudhonescos”, brotan a cada paso trocatintas cómicas o razonamientos patizambos”: “. . . “lógica de la cacerola”; “. . . “la prosa blanca de Alberdi”; “A veces la perturbación es instantánea y remeda las ausencia imperceptibles de la epilepsia larvada” y otras lindezas por el estilo⁴⁰. Esta andanada de apreciaciones negativas, que aluden desde el aspecto físico de la personalidad de Alberdi hasta sus condiciones intelectuales y morales, son de gran injusticia y arbitrariedad en un hombre que se propuso ser el crítico y el mentor de la cultura argentina. Muestra, por lo demás, que el carácter de Groussac pasó, con los años, de su humorismo profundo y de sentido axiológico a la amargura del carácter y a la índole excesiva de un “crítico” de mala leche. Cosa cierta es, por lo demás, que estas apreciaciones le venían bien, interesada o desinteresadamente, al “porteñismo” que sobreviene en la Argentina después de Pavón y durante la actuación de la generación del 80, de cuya época Alberdi es testigo insobornable y vivo reproche.

Pero consideremos el ajuste o desacierto de las interpretaciones groussacnianas del pensamiento de Alberdi. Vuelven aquí los errores,

36. PAUL GROUSSAC: *El viaje intelectual*. “Sarmiento en Montevideo” (18833. Pág. 8, nota.

37. PAUL GROUSSAC: *Estudios de historia argentina*. “Las bases de Alberdi. . .”. Cap. III, pág. 291.

38. PAUL GROUSSAC: Obra citada. “Las bases de Alberdi. . .”. Cap. VII, pág. 337.

39. PAUL GROUSSAC: Obra citada. “Las bases de Alberdi. . .”. Cap. VII, pág. 346.

40. PAUL GROUSSAC: Obra citada. “Las bases de Alberdi. . .”. Cap. VII, págs. 347-348.

Atribuye Groussac la formación filosófica de Alberdi a las lecturas de Montesquieu y Rousseau, hasta las de Constant y Carrel. El romanticismo no habría pasado de su epidermis⁴¹. Estas aseveraciones son insostenibles para quien haya leído el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* (1837) y el *Curso de Filosofía* de Montevideo (1842).

Algo semejante ocurre con la filosofía de la historia de Alberdi, que a Groussac le parece que se alimenta en las ideas de Montesquieu, cuando en verdad se trata de un mediatizado herderismo, que llega a Alberdi a través de Quinet, Lerminier, Cousin y otros. No advierte el historicismo romántico que subyace en las mencionadas obras de Alberdi. De ahí que no comprenda ni siquiera el sentido del nombre completo de las "*Bases...*" acerca del cual escribe estas palabras: "Es el secreto de todos los buenos escritores, y cualquiera de ellos encontraría monstruoso el título completo del opúsculo de Alberdi, en las primeras ediciones: *Bases y puntos de partida para la organización de la República Argentina, derivados de la ley que preside al desarrollo de la civilización y del tratado litoral de 1831*". Y agrega el crítico: "El título (abreviado) aproxima imágenes que «aúllan al verse juntas» —fuera de esa asimilación grotesca del convenio urdido entre gobernadores compadres con «la ley» (?) que preside al desarrollo de la civilización"⁴². No repara el autor que el nombre de la obra manifiesta su sentido herderiano, historicista y romántico, que implica la existencia de una ley universal que preside el desarrollo histórico de la humanidad y que se cumple a través de las naciones, y su espíritu, cada una con su ley particular. Las naciones son sagradas en esta visión por momentos panteísta. Es lo que Hegel llama lo universal concreto, que en forma muy diluida y a través de los autores franceses da sentido al extenso nombre de las *Bases...* No están aquí en discusión imágenes y rasgos de estilo literario.

Vuelve Groussac a su incompreensión de la filosofía política de unitarios y federales en la historia argentina. En su ensayo sobre Alcorta convertía en nominalismo histórico las luchas civiles de la primera mitad del siglo XIX. En *Las Bases de Alberdi...* trata de probar su tesis reduciendo a pura apariencia las diferencias doc-

41. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "Las Bases de Alberdi". Cap. II. pág. 277, Edic. idem.

42. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "Las Bases de Alberdi...". Edic. idem.

trinarias entre las Constituciones de 1826 (unitaria) y la de 1853 (que combina ambos elementos). Realiza un doble análisis, cuantitativo y cualitativo de ambos documentos, para establecer el parentesco de filiación constitucional. Asienta estas conclusiones caprichosas: "1º que la comisión redactora de Santa Fe eligió como principal modelo de su carta *federal* a la unitaria de 1826, la cual no era sino el perfeccionamiento de la de 1819; 2º que la confesada imitación de la Constitución norteamericana fue más aparente, que real, y raras veces directa, pues la mayoría de los artículos "norteamericanos", se encuentran también en las Constituciones de 1826 y 1819; 3º que la influencia directa del proyecto de Alberdi fue casi nula (no así las mismas *Bases*), no apareciendo decisiva sino en el título final, probablemente redactado, como dije, por Gutiérrez, y, en su mayor parte, interpretativo"⁴³. Reafirma su tesis cuando dice: "Resulta, que el supuesto antagonismo de principios, sustentado durante medio siglo a sangre y fuego por los partidos, era ante toda cuestión de escarapela o divisa, y residía, más que en las instituciones, de facto similares, en la ambición personal de algunos y en el instinto anárquico de los demás. Todos los órganos esenciales del mecanismo republicano figuran casi idénticamente en ambos documentos"⁴⁴. Todo se reduce a la mayor o menos concentración del poder. Las luchas civiles argentinas serían, a la luz de esta interpretación, un sin sentido y absurdo históricos.

No paran allí los errores de Groussac. Atribuye a Alberdi la confusión entre medios y fines. El autor de las *Bases*... incluía, según se sabe, entre los primeros a la inmigración europea, la educación utilitaria, el desarrollo de la industria y de las vías de comunicación, la libertad de navegación y de comercio, la conquista pacífica del desierto, el uso del crédito para atraer el capital extranjero, etc. El crítico le reprocha el convertir estos medios en fines de la sociedad argentina. Se advierte aquí de nuevo el desconocimiento del *Fragmento preliminar al estudio del derecho* y la filosofía política del *Dogma* de Echeverría y de la generación del 37, que daban fundamento ético y metafísico al derecho, separando la calidad de fines de la condición de medios para realizar aquéllos.

43. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "Las bases de Alberdi...". Edic. idem. Cap. VI, pág. 326.

44. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "Las bases de Alberdi...". Edic. citada. Cap. VI, págs. 326-327.

Entre los fines figuran el bien, la libertad, el cristianismo, Mayo, la democracia, el liberalismo, la sociedad orgánica. Alberdi quería la creación de los medios mencionados para realizar los fines inmediatos de la nación y los mediatos de la humanidad, los fines nacionales y universales. Alberdi es el pensador que atrae la idea de la historicidad de la vida argentina y su papel dentro del concierto universal. Así adquiere sentido el título extenso de las *Bases*... La confusión de Groussac tiene su origen en el desconocimiento del historicismo romántico que subyace en los escritos que estudia y en su propia filosofía positivista y las de la mayoría de los hombres de la generación del 80, que diciéndose continuadores de las ideas de Alberdi, en realidad fueron epígonos que desfiguraron su filosofía política, de la que dieron una versión utilitaria y de sesgos unitarios.

En suma: se puede resumir el juicio de Groussac acerca de los valores intelectuales de Alberdi con estas palabras suyas: "...todas las reservas que del análisis anterior se desprenden no afectan de manera alguna la coexistencia de estos dos hechos, al parecer con contradictorios: 1º) que el libro de las *Bases*, con ser indiscutiblemente el menos vacío entre los de Alberdi, aparece hoy ante cualquier espíritu juicioso como una improvisación subalterna, de fondo y forma pobrÍsimos, tan incierta en los hechos como inconsistente en la doctrina, sin las novedades atrevidas ni, mucho menos, los relámpagos geniales que suelen cruzar los nubarrones de Sarmiento...; 2º) que solo por ser, por justa autonomasia, el autor de las *Bases*, Alberdi ocupa en el elenco intelectual de su país un puesto apenas inferior a los más altos"⁴⁵.

Juicios y valoraciones de parecida índole encontramos en los escritos de Groussac a propósito de otras figuras argentinas. Es el caso de Echeverría. Transcribimos: "¡Pobre Echeverría, y qué malos versos ha cometido! Con todo, bastan diez estrofas bien elegidas —de la *Cautiva* para absolverle del resto— incluso del *Dogma*. Pero ¡que tal atolondrado pase por pensador!"⁴⁶. En otra parte además de llamarle "botarate", asienta Groussac esta majadería: "...Por lo demás,

45. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "Las bases de Alberdi...". Edic. citada. Cap. VIII, págs. 355-356.

46. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "Las bases de Alberdi...". Edic. citada. Cap. III, pág. 284, en nota.

si se quitase del *Dogma* (como ya he mostrado en *La Biblioteca*, IV) todo lo que pertenece a *Lamennais*, *Leroux*, *Lerminier*, *Massini e tutti quanti*, solo quedarían las alusiones locales y los solecismos⁴⁷. ¡Todo un reducidor de cabezas de próceres! Huelgan comentarios para quienes conocen la historia del pensamiento argentino.

En un concienzudo estudio, que figura en su obra *Crítica literaria*, indaga Groussac el origen de las ideas de Echeverría y su filosofía política. Atribuye a Saint Simon, Leroux, Fourier, Lerminier, Mazzini y otros el eje filosófico de su pensamiento político. No solo rastrea las influencias, sino que reduce a ellas el contenido del *Dogma socialista*. Quita originalidad y todo valor a los escritos que componen esa obra. ¡Cosa curiosa! Groussac coincide así con Pedro de Angelis, el paniaguado de Rosas. Pero cabe preguntarse: ¿ha sido acaso el *Dogma socialista* una obra de tesis filosófica o jurídica? No. ¿Qué ha sido entonces? Una plataforma, un programa de acción para la organización política del país. La realidad del momento histórico era dolorosa y triste. ¿Qué había que hacer para que esa realidad, informe y confusa, se homogeneizara? A la respuesta de estos interrogantes está destinado el *Dogma socialista*. No impide ello que sean ciertas algunas contradicciones señaladas por Groussac en el texto. Pero no cabe la crítica de falta de originalidad, porque Echeverría no pretendió escribir originalidades. Hay que situarle y comprenderle desde el punto de vista que tuvieron los hombres de la "Joven Argentina" en su tiempo. Lo que sí nadie puede negar a Echeverría es su capacidad de adaptar, al problema nacional y a la realidad de la época, la experiencia y la sabiduría europeas. Su estudio de Echeverría desde el ángulo filosófico es de los pocos que se han hecho, pero desgraciadamente Groussac lo hizo mal.

De menor interés filosófico son las páginas que componen *Los que pasaban* de Groussac. Transitan por ellas Estrada, Goyena, Avellaneda, Pellegrini, Sáenz Peña. Son retratos de pensadores y estadistas pertenecientes a la generación que siguió en el escenario político a la de Mitre y Sarmiento. Se trata de unos pocos argentinos históricos, a quienes Groussac conoció de cerca y le dispensaron su amistad y su valimiento. Algo queda dicho de estas evocaciones en este mismo estudio. En ellas el crítico se siente superior a las figuras retratadas y las reduce a proporciones menores que las que en

47. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "Las bases de Alberdi...". Edic. citada. Cap. I, pág. 269, nota N° 1.

realidad tuvieron. Los datos autobiográficos que pasan por la obra hacen pensar en la ingratitud de Groussac, que irrita tanto que dan ganas de tirar el libro al fuego. No sólo hay ingratitud sino desprecio injusto e inmotivado hacia hombres que prodigaron en la vida pública lo mejor que tenían y pusieron, a más su sinceridad hasta morir pobres como Goyena.

A Estrada le aplica lo que Louis Veillot dijo alguna vez de Montalembert: "El que se cree liberal, es simplemente orador". En lo que atañe a sus estudios históricos ellos pertenecen a un grupo o género especial: de oradores en historia (como decía Tito Livio, "in historia orator"). Podríamos concentrar el juicio de Groussac en las siguientes palabras: "El lector se siente aquí en presencia de un espíritu eminente que contempla desde la altura la sucesión de los acontecimientos, —desdeñoso, por tanto, de su estudio minucioso y molecular, pero dotado de relativa eficacia para interpretar las evoluciones sociales e inducir sus leyes. El pensamiento robusto y simple, seguro de sí mismo hasta el exceso, como acaece con todos los talentos sintéticos, desciende su pendiente hasta nosotros con ímpetu irresistible, a manera de un río encausado que no se divide ni desborda. . . . El estilo vibrante y personal ha conservado el impulso oratorio; ciertas peroraciones sonoras, leídas en alta voz, recobran el acento y como el aleteo de la improvisación"⁴⁸. *Las lecciones de historia argentina* de Estrada fueron dictadas en 1868 en la Escuela normal de la calle Reconquista y congregaron a numerosos alumnos y oyentes de la ciudad.

Las conferencias de derecho constitucional tienen interés estrictamente didáctico. Fueron dictadas en la Facultad a partir de 1875. Groussac echa de ver en ellas la falta de sentido histórico, pues no muestra cómo se llegó a la Constitución de 1853 a través de mil obstáculos y diez ensayos malogrados. "Se limita —dice el crítico— a desarrollar un comentario ordenado de la Constitución argentina, considerándola como un código sobre cuyos artículos debe el estudiante ser interrogado, y haciendo abstracción completa de su origen y evolución orgánica"⁴⁹. En cuanto al libro *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, serie de lecciones dictadas en 1873 a los alumnos del Colegio Nacional, sigue exactamente las palabras simbólicas del *Dogma socialista* de Echeverría, y los comentarios de Es-

48. PAUL GROUSSAC: *Los que pasaban*. "José Manuel Estrada". Edic. Sudamericana, Buenos Aires, 1939. IV, pág. 64.

49. PAUL GROUSSAC: Obra citada. "José Manuel Estrada". Edic. nombrada. Idem. pág. 64.

trada, a juicio de Groussac, se contagian de la esterilidad del argumento y “la escasa originalidad del famoso *credo* unitario”.

De Goyena hace el autor un buen retrato literario, situándolo en el tiempo en que le tocó vivir. Había sido llamado a la enseñanza de la filosofía en el Colegio Nacional, en abril de 1866. Amadeo Jacques, por cuyo texto se enseñaba la asignatura, había muerto el 13 de octubre anterior. A Goyena sucedió, en el colegio, el doctor Victoriano de la Plaza en 1870, mientras que Goyena pasó a enseñar la misma cátedra en la Universidad hasta 1874, en que fue nombrado profesor de Derecho romano.

Acerca de las dotes intelectuales de Goyena, se muestra reticente Groussac. La labor de crítico literario realizada por aquél en la *Revista Argentina*, que suman unas 220 páginas, le causa impresión moderada. Hace falta —dice— “el piadoso acompañamiento del cariño” para tratarla con indulgencia. En el fondo siente desprecio por la interesante obra de Goyena que, en lo esencial, se inspira en las *Causeries* de Sainte-Beuve y en las *Lecciones* de Villemaine, y su algo de Taine, Macaulay y Nisard. Se puede concretar el juicio de Groussac en estas palabras: “Fuera necedad incluir, entre las circunstancias atenuantes, el “atraso de la época” o la “tierna edad” del autor, tratándose de todo un universitario de veintisiete años, que se sabía de coro a los modernos retóricos franceses. Otras son las causas del escaso valor que hoy conservan para nosotros aquellas páginas; y con señalar las dos principales —la una inherente a la materia, la otra dependiente de la ejecución—, no será menester tomar en cuenta las accesorias”. La tarea de Goyena se redujo, pues, a la glosa y registro de algunas manifestaciones caseras de orden literario.

El segundo aspecto de la personalidad de Goyena que destaca Groussac es su condición de orador brillante. Estudia sus discursos parlamentarios en 1883, a propósito del proyecto de ley de educación común; en 1886 en la discusión de los recursos de fuerza del proyecto de ley que organizaba los tribunales de la Capital; y en 1888 contra el proyecto del gobierno estableciendo el matrimonio civil. El juicio de Groussac es favorable: “esta retórica académica significó en su tiempo y en sus buenas horas una expresión elevada del intelecto argentino y una faz brillante, si algo estrecha, de la cultura nacional”.

Lo que Groussac no advierte en la oratoria de Goyena y Estrada es el contenido que le viene de la Apologética como ciencia práctica entre las de carácter teológico. Ostenta estos rasgos apologéticos en razón de la situación y condiciones en que se debatían las cuestio-

nes, el periodismo, el parlamento, las reuniones públicas, etc. De ahí esa modalidad, que también se la encuentra en Lamennais, Montalembert y otros. Así se comprende que Goyena hablase en el Congreso en determinadas ocasiones, de determinados temas, y no de otros muy lejanos a la Apologética y a la teología, cosa que Groussac parece no comprender. En todo caso, el interés filosófico de las páginas de Goyena está ausente.

Lo mismo se puede decir de los ensayos que Groussac ha escrito sobre Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña. Contienen los lineamientos biográficos de esas figuras de la historia argentina, retratos de los personajes, la evocación de la época en que actuaron y la vida y acción política de los mismos. Tomados en conjunto estos escritos abarcan un lapso cuyos límites quedan indicados por los años 1874 y 1914. Pasan por esas páginas muchas figuras relevantes: Mitre, Vélez Sársfield, Tejedor, Rawson, Zeballos, Mansilla, Bernardo de Irigoyen, Alcorta, Rocha, Del Valle. Todos ellos orientaron en su momento la vida económica, política y social del país. De los tres personajes de estos ensayos, Pellegrini es el que aparece dibujado con trazos más firmes y mayor simpatía, sin que se advierta la ironía cáustica que atraviesa los estudios dedicados a Estrada, Goyena, Avellaneda y Roque Sáenz Peña. Pero, como queda dicho, no hay en estos tres ensayos antecedentes que pudieran tenerse en cuenta en una historia del pensamiento filosófico argentino. Bien que este aspecto impregna el ambiente general de la época, como concepción del mundo de rasgos positivistas, de un positivismo aprendido, por debajo del cual subyace en casi todos estos hombres el espiritualismo de los años jóvenes. Groussac se mueve entre ellos, a veces como actor, otras como crítico, pero siempre participando de un modo o de otro en el quehacer histórico de la época. En distinta medida, como figura secundaria en lo político y principal en lo literario, historiográfico y crítico, hacía historia y la escribía con documentación y rigor metódico, lo cual, bien vistas las cosas, es también un modo de hacer historia.

XI. EL ESCRITOR Y SU ESTILO

Groussac entiende el arte en general, y la literatura en particular, como "el hombre agregado a las cosas". Recuerda en este sentido, en el prólogo de su libro *Del Plata al Niágara*, el pensamiento de Amiel: "un paisaje es un estado del alma". La teoría no es nueva. Fórmulas análogas se las encuentra en Diderot, Taine y el mismo Zola. Todas derivan, a juicio de Groussac, de una mucho más amplia

y comprensiva, que pertenece a Bacon: *ars, sive additus rebus homo*. Toda producción artística resulta de una combinación de realidad y fantasía.

Las obras literarias son hechas con la misma materia, pero varían según se las elabore. La sustancia es idéntica. “¿Será verdad que los millares de volúmenes literarios que obstruyen nuestros estantes representan otros tantos conceptos y expresiones individuales de lo bello? Es otra ilusión: el tesoro estético, como todos los tesoros, se ha obtenido con la acumulación de cinco o seis piedras “preciosas”, más o menos varias en la forma, pero de sustancia idéntica”. Una o dos veces por siglo, alguien ensaya una nueva o renovada combinación de las materias conocidas: ¡es un hombre de genio!”⁵⁰. Con una imagen literaria el crítico da forma a este pensamiento de la mismidad de la sustancia del arte, que hace que un gran poeta resuma toda la poesía. “Por entre cambiantes riberas y con nombres distintos los grandes ríos surcan el planeta, reflejando cielos y horizontes diversos arrastrando en su corriente múltiples vestigios de las regiones comarcanas: pero sus ondas todas cumplen la misma misión fecunda, y una misma es el agua que todos los pueblos vienen a beber”⁵¹. Es la misma sustancia de que están hechas las obras de arte, cualesquiera sean los cielos que las vean alzarse y los artistas que intervengan en su producción.

Tenía Groussac en distinto aprecio la lengua española y la francesa. El castellano clásico le parecía que no era un instrumento adecuado al arte contemporáneo. “Sonoro, vehemente, oratorio carece de matices, mejor dicho de *nuances* —pues es muy natural que no tenga el vocablo faltándole la cosa. Es la trompeta de bronce, estrepitosa y triunfal, empero sin escala cromática. La evolución presente del espíritu tiende al fino análisis, a la sutileza, al cromatismo, como que obedece a la ley de asociación progresiva. En el arte, como en la moda que lo refleja, reina el matiz”⁵². En cambio, la lengua francesa ofrece las ventajas que no posee la española. Por ejemplo, el estado actual de la prosa francesa, la más elaborada de todas las modernas, es el último resultado de una evolución incesante que, solo en este siglo y desde Chateaubriand hasta Loti, ha contado cinco o seis variaciones sucesivas en el modelado de la frase. La

50. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Prólogo. Edic. citada. Pág. XIII.

51. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Edic. idem. Prólogo. Pág. XIV.

52. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Edic. idem. Prólogo. Pág. XIX.

lengua española no ha sufrido ni admite este trabajo de transformación: se rige siempre e invariablemente por los clásicos. Ahora bien: todo producto orgánico que se estaciona, se desvirtúa; y los que declaman sobre la riqueza presente de un instrumento secular, aplicando un concepto inmutable a un proceso esencialmente evolutivo, desconocen los términos de la cuestión”⁵³. Afirma Groussac la incompetencia de la lengua española para expresar ideas, sentimientos y matices nuevos.

Por suerte, la apreciación del crítico no es exacta. La generación del 98 en España y la del Centenario y la de 1925 en la Argentina, trajeron a la lengua la precisión y la sobriedad, así como el ajuste de la palabra al pensamiento, con abandono del cascabelco y el relumbre de vidrios falsos. No hay más que recordar los nombres de Pío Baroja, Valle Inclán, Ricardo León, el mismo Unamuno, y la generación posterior en España de Ortega y Gasset, Antonio Machado, Gregorio Marañón, y tantos otros. Y en la Argentina los nombres de Lugones, Banchs, Capdevila, Arrieta, Borges, Sábato, Cortázar, para citar solo algunos.

Para escribir parte Groussac de una impresión personal frente a la realidad y el mundo. De allí que cuando se trata de asuntos históricos, que no están presentes, la prosa de este escritor pierde calidad y belleza. El mismo lo dice: “...ya se trate de juzgar un acto, de apreciar un evolución social, o simplemente de exponer la sensación producida por la naturaleza o la obra de arte, ¿con qué se forma la *opinión sincera* y personal? Con la reacción, evidentemente, del sujeto ante el objeto. El sujeto es una inteligencia individual, nunca idéntica a otra, aunque la educación tenga por efecto y defecto atenuar la originalidad. Llevo ante las cosas el conjunto de mis ideas, tendencias, gustos y hábitos propios, y como éstos no son ni pueden ser iguales a los de mi vecino, tiene que ser diferente en cada caso la impresión, si es espontánea y valedera”⁵⁴. Cuando el autor que es Groussac se refiere a lo real observado su estilo es lúcido y elegante, como ocurre en *Viaje intelectual* (las dos series), en *Del Plata al Niágara*, en su *Crítica literaria*. Cuando no, su estilo se rebaja.

El estilo de Groussac es conceptual. Se presenta siempre como

53. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Edic. idem. Prólogo. Pág. XX.

54. PAUL GROUSSAC: Obra citada. Edic. nombrada. Prólogo. Pág. XVIII.

un escritor de ideas. Esta sustancia reflexiva es sesgo de su estilo. El ajuste entre el pensamiento y la palabra es bondad de su prosa y a veces una traba, una trampa que el escritor se tiende a sí mismo. Ello hace que tenga un estilo hachado, construido, nervioso, cortado. Hay evidentemente una voluntad de estilo en él: "... considero atendible cualquier esfuerzo encaminado al propósito de alcanzar un estilo literario más sobrio y preciso que nuestro campaneo verbal, al par que más esbelto y ceñido al objeto que la anticuada notación española". Su espíritu es gálico, pero su sintaxis es española. Termina siempre sus períodos con una imagen, un pensamiento concreto, una reflexión final que realza y encierra un período literario o ideológico. En su tiempo pasó como el escritor que tenía mayor número de imágenes. Su prosa tiene ritmo y sabe decir de cosas viejas, cosas nuevas. "No nova, sed nove", parece ser su lema. Un humorismo profundo atraviesa toda su obra, que no es nunca despiadado, como es buena muestra de ello, en *Viaje intelectual*, su visita a Víctor Hugo en 1883.

Posee y recomienda una preceptiva de estacionamiento y podá. "De desear sería que el escritor observase el precepto de Horacio, estacionando su obra recién nacida hasta que, olvidado de los "trabajos de Lucina", pudiese juzgarla con relativa imparcialidad y corregirla con acierto". Se muestra enemigo de las obras que se dan a conocer enseguida de escritas, lanzadas rápidamente al público y que viven quejándose de sí mismas y de sus autores, crujiendo como esos muebles de madera no estacionada, que los espiritistas dicen que son almas que están de visita... Hay algo de grousacismo cuando escribe que gran parte de su obra está inédita. "Tengo la satisfacción de ser un autor inédito de gran avío y reserva". Buena lección, sobre todo en aquella época de improvisadores.

Aconseja la poda de los escritos, para decir las cosas con la menor cantidad de palabras. Por allí dice (*Viaje intelectual*): "Creo que es Sainte-Beuve quien refiere haber oído exclamar al obeso doctor Verón, repleto de goces materiales: «Carezco de privaciones». Podría tal o cual de nuestros escritores noveles hacer suya la exclamación, aplicándola a sus retóricas exuberancias. ¡Ojalá estos ejemplos míos [se refiere a la prosa de Chateaubriand, Víctor Hugo, Michelet, Veuillot, Renán, Taine, etc.] —ya que no puedo esperarlos de mi humilde ejemplo— disuadan a algunos de seguir soplando sus brillantes burbujas de jabón, contribuyendo así a que el estilo argentino, menos atento al bordado que al tejido, dé un paso hacia aquella

sancta simplicitas, que he puesto en epígrafe a un capítulo de este libro —deseoso tal vez en mis adentros de que el lector lo prefiera a otros quizá más virtuosos”⁵⁵. No aconseja aprender ni repetir párrafos. Hay que ser personal. Claro que Groussac tiene razón. El que solo estudia, o el que solo es naturaleza, no puede alcanzar la perfección literaria. Olegario Andrade, sirva de ejemplo, era un escritor dotado por la naturaleza y hacía versos como otros tienen granos. Calixto Oyucla medía, pesaba, llevaba de aquí para allá unas líneas, y no decía nada.

En el prólogo de *Viaje intelectual* (segunda serie) insiste en la necesidad del ajuste entre el pensamiento y la expresión, que es ley de la prosa francesa. Transcribimos: “. . . en esa múltiple disparidad de los ingenios y de las obras, un elemento común a todas éstas revela el parentesco de aquéllos, como que son ramas de un mismo tronco; y es el ajuste constante y estrecho del pensamiento a su expresión: ley ésta tan soberana ante el gusto nacional, que constituye allí la cláusula esencial del arte, y que, entre los grandes escritores enumerados, se tiene a los que mejor la observaron por los genuinos representantes y maestros de la prosa francesa”⁵⁶. A ese ajuste Groussac le llama la probidad del estilo y la recomienda a los jóvenes escritores argentinos. Su preceptiva de poda consistía en cortar las ramas secas y caedizas y prescindir de la amarilla hojarasca superflua.

No era el escritor optimista con respecto a las letras argentinas. Culpaba de laxitud y flaqueza de estilo a los autores noveles y la responsabilidad se la atribuía a los mayores. Oigámosle una vez más: “Presencio anualmente la cosecha intelectual, y sobre darme cuenta de su insuficiencia, sé que aquélla no se renovará; para muchos el débil esfuerzo de los exámenes quedará único y definitivo; después del cultivo superficial, volverá la maleza a invadir el campo. Nosotros, los mayores, somos los culpables. Ni arriba ni al lado de ella encuentra la nueva generación el ejemplo moralizador y severo. Nadie trabaja con perseverancia y energía, nadie soporta el peso de la meditación solitaria durante semanas y meses, nadie se arranca de las entrañas la concepción original largo tiempo incubada. ¿Hasta cuándo seremos los ciudadanos de Mimópolis y los parásitos de la labor

55. PAUL GROUSSAC: *Viaje intelectual* (segunda serie). Edic. Jesús Menéndez. Buenos Aires, 1920. Prólogo. Pág. XIV.

56. PAUL GROUSSAC: *Viaje intelectual* (segunda serie). Edic. citada. Prólogo. Pág. XIII.

européa?"⁵⁷. En América las letras no constituyen una profesión. Todos son acá literatos de ocasión, aun los que escriben entre paredes forradas de libros.

Groussac buscó siempre esencias francesas en su prosa, hasta donde lo admitía "la propiedad lexicográfica y la corrección gramatical" de la lengua española. Evitaba los galicismos superfluos y se aplicaba celosamente en lograr "la línea neta y nerviosa sobriedad" que caracteriza la lengua francesa. De allí esa mixtura de rasgos gálicos y castellanos que ostentan sus escritos. No fue un espíritu tan rico como lo fue Vélez Sársfield, pero ambos eran sistemáticos, de trabajo paciente, de lecturas meditadas. No fueron ensayistas ni improvisados como la mayor parte de los escritores de su tiempo, y eso hizo que fueran considerados valores extraordinarios, a pesar de no tener, para citar un contemporáneo de Groussac, los chisporroteos de Wilde, el gran sacrificio de la generación del 80.

57. PAUL GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Ed. citada. Prólogo. Pág. XXII.